

MACHO ALFA
CHICA CON
CURVAS ROMANCE

motorista sucio
SAVIOR



CLUB DE MOTEROS TITAN'S RAGE
KELSIE CALLOWAY

MOTORISTA SUCIO SAVIOR

MACHO ALFA CHICA CON CURVAS ROMANCE

CLUB DE MOTEROS TITAN'S RAGE

LIBRO DOS



KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

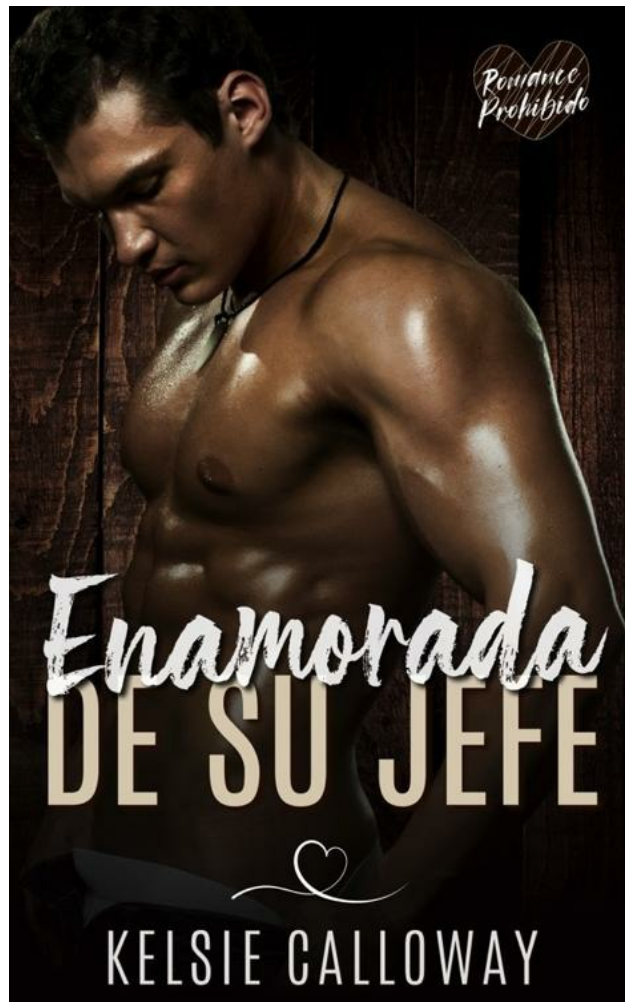
¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

1. Savior
 2. Ellie
 3. Savior
 4. Ellie
 5. Savior
 6. Ellie
 7. Savior
 8. Ellie
 9. Savior
 10. Ellie
- Savior

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>

SAVIOR



No me hago viejo, sólo mejoro con la edad. O al menos eso es lo que me digo a mí mismo.

«Muy bien, Pat, creo que has terminado». Miro su pieza trasera por última vez antes de empezar a coger las cosas que necesito para limpiarla. Podría añadir más detalles aquí y allá, pero ahora soy muy perfeccionista. Me duele la espalda y me arden las articulaciones, así que tengo que dejarlo estar.

De todas formas, Patrick está encantado de ver la parte trasera terminada. A los cincuenta y cinco años, estoy bastante seguro de que este hombre está en plena crisis de la mediana edad. Trato de no hacer tatuajes a hombres en crisis de mediana edad, pero fue muy convincente. Incluso trajo a su mujer para que aprobara el tatuaje. Como el pin-up es una foto de ella de sus días de gloria, estaba muy contenta de que se lo hiciera. «Gracias, Salvador». Apesta a alegría mientras le limpio el tatuaje. «Creo que esto realmente va a condimentar las cosas entre Sarah y yo». Si un tatuaje es todo lo que se necesita para subir la temperatura en el dormitorio, odio pensar en lo vainilla que era esa relación antes. Pero bueno, lo que sea que haga funcionar tu motor.

«No te preocupes, Pat. Fue un placer conocerte a ti y a Sarah». Lo que no fue un placer fue sentarme encorvado y curvarme en el cuerpo de Patrick que se curvaba lentamente hacia adentro. Dijo que la aguja no dolía, pero de alguna manera seguía haciéndose más pequeño. No quise presionarlo para que tomara más de lo que podía, así que le seguí la corriente. Ahora me duele el cuerpo en lugares en los que no recuerdo haber tenido músculos que pudieran doler.

Cuando los dos nos levantamos, Patrick se apresura a acercarse al espejo y levanta la cabeza por encima de la espalda para ver mejor a su mujer como un pin-up. Intenté convencerle de que se tatuara a la chica, pero me dijo que necesitaba ocultar el tatuaje en el trabajo. Con un trabajo muy conservador en el que suele llevar manga corta, optó por tatuarse a la chica en la espalda.

«Aquí tienes», le doy un espejo de mano para que pueda verlo mejor. Patrick mira la pieza durante diez segundos antes de exclamar que es el mejor tatuaje que ha visto nunca. No estoy seguro de que sea el mejor tatuaje que he hecho nunca, pero mientras él esté contento. «Dile a tus amigos. Si necesitan algún trabajo, soy su hombre».

Vendo el tatuaje de Patrick y le doy una hoja de cuidados. Aunque le he contado todas las instrucciones, he aprendido que es mejor dar a todo el mundo un juego impreso también. Es inevitable que la gente se olvide, sobre todo los primerizos.

Patrick se pone la camiseta con cuidado, sin dejar de darme las gracias. «¿Crees que podrías hacerle un tatuaje a mi mujer? Estaba leyendo sobre tatuajes mientras esperaba mi sesión contigo». Baja la voz a pesar de que no hay nadie más en el salón: «He estado pensando en un

tatuaje en la parte baja de la espalda. Ya sabes, hay algunas insinuaciones al respecto», dice guiñándome un ojo.

Reprimo una sonrisa porque no quiero que piense que me estoy burlando de él. Patrick es un hombre mayor adorable, un poco ingenuo, pero dulce. Le doy una palmada en el hombro, con cuidado de no acercarme a su tatuaje recién vendado, y lo conduzco hacia la salida. «Si Sarah quiere un tatuaje, estaré encantado de hacérselo, pero tendrá que venir a verme. No puedo hacérselo basándome en lo que tú quieres que tenga».

«Oye, te debo una propina». Patrick se mete la mano en el bolsillo y tantea con la cartera. Este es uno de esos momentos en los que me siento incómodo. No estoy seguro de lo que debo hacer. Después de veinte años tatuando, todavía no sé si debo decirle que lo deje en la recepción o esperar a que me lo pase por la mano. «Eres el mejor, Salvador», me dice mientras me tiende la mano para darme la cuenta. Patrick es muy amable con las propinas y se lo agradezco, sobre todo porque mi cuerpo ha sufrido una paliza sentado así durante las últimas horas.

Cuando Patrick sale por la puerta, cierro detrás de él. El sol todavía está bastante alto en el cielo y mi reloj marca las 18:48 horas. Con un poco de suerte, aún tengo tiempo de darme un masaje en el centro comercial. Hay una tienda que instala sillas y ofrece masajes de quince y treinta minutos por poco dinero. Por cortesía de Patrick, puedo permitirme varios.

Limpio mi puesto en un tiempo récord y apago las luces. Hay otras tareas de cierre en las que podría trabajar, pero sé que las masajistas del centro comercial a veces se van pronto a casa si no hay mucha gente. No quiero perder la oportunidad de que me quiten los nudos por quedarme a barrer o algo así.

Cojo mi chaqueta y me la pongo mientras salgo por la puerta trasera, cerrándola tras de mí. Mi moto está fuera y, cuando estiro la pierna y la enciendo, me pongo a rugir con ella. Hay algo en las motos que no se puede reproducir. Es una sensación de libertad. Cuando vas por la carretera, sólo estás tú, la moto y la carretera. No hay nada mejor.

El centro comercial está a quince minutos y, cuando llego, todos los nudos de mi cuerpo se sienten un poco más ligeros. Casi me planteo pasar la salida y volver a casa, pero ya estoy aquí. Aparco un poco lejos de los grandes camiones de pollas y las furgonetas familiares y me dirijo al interior.

Esta noche el centro comercial está vivo con el sonido de las risas y las voces. Los adolescentes viajan en pequeñas pandillas, patrullando los pasillos como agentes de policía. Me miran de arriba abajo y hacen muecas como si no tuvieran modales. No sé si les molesta mi falta de sentido de la moda o el parche de mi chaqueta de cuero. En cualquier caso, no están contentos.

Las madres y los padres se pelean con los niños. Algunos están cubiertos de helado de la heladería italiana, otros rebotan contra la pared por la energía natural; echo de menos aquellos días.

Algunas parejas caminan de la mano de una tienda a otra. Miran a las tranquilas familias con suaves sonrisas en los rostros, posiblemente imaginando cómo podría ser su futuro. Entonces ven a una familia de cinco y puedes ver cómo su paciencia se desmorona. Con tres niños corriendo en distintas direcciones, la pareja se da cuenta casi al instante de que no están preparados para tener hijos.

A mí también me gusta observar a la gente. Asimilo todo esto mientras me dirijo a la tienda de masajes. No tienen un escaparate oficial ni nada. Hay una tienda vacía que han «tomado prestada» y en la que se han instalado. Al centro comercial no le importa porque les dan un porcentaje de su recaudación. Como la tienda no está alquilada, el centro comercial prefiere tener

unos dólares a no tenerlos, para no ahuyentar a las masajistas.

Cuando llego, hay siete sillas repartidas. Dos de ellas están ocupadas, lo que me parece bien porque una de las señoras que trabaja es la que menos me gusta. Tiene las manos duras y da unos masajes malísimos. Si mis nudos fueran más profundos, le daría una vuelta, pero el paseo en moto parece haber aflojado las cosas. Así que miro a las otras señoras y entonces la veo.

Está de pie detrás de una camilla de masaje que mide casi la mitad de su estatura, lo cual ya es mucho decir, porque estos chicos malos no se levantan tanto del suelo. Una masa de rizos rubios recogidos en un clip alto, pero varios mechones se escapan, enmarcando su cara como un ángel. Mira a su alrededor distraída, pero debe de sentir mi mirada porque al cabo de un segundo me mira directamente. Unos ojos azules brillantes y luminiscentes se encuentran con los míos y su boca se abre un poco.

Es ella. Cuando inclina ligeramente la cabeza y frunce el ceño, sé que la he encontrado, la mujer que debo tener.

Oigo que una de las señoras me llama y me pregunta si quiero un masaje, pero su voz se desvanece en el fondo. Me dirijo directamente hacia la chica nueva, la que nunca he visto. Cuanto más me acerco, más temerosa parece. ¿Será mi imponente figura? Mido más de medio metro por encima de ella. «Te quiero a ti», suelto cuando estoy en el lado opuesto de la mesa.

«¿Que te dé un masaje? Pregunta tartamudeando.

Para ser sincera, puede hacerme lo que quiera. Pero tengo que contenerme. Por la vacilación de su voz y la expresión de su cara, me doy cuenta de que me estoy pasando. «Sí, por favor», le digo con la cabeza en señal de educado respeto.

Respira hondo y palmea la camilla que hay entre los dos. «Si puedes tumbarte, estaré encantada de atenderte. Puedes dejarte la camisa puesta o quitártela, como quieras».

La mayoría de los hombres se dejan la camisa puesta. Preocupado por su comodidad, hago lo mismo, pero me quito la chaqueta. Me subo a la mesa y me pongo cómodo. «Por cierto, soy Salvador», le digo, con la cara plantada en el hueco de la mesa. «¿Cómo te llamas?».

Cuando empieza a subirme por los hombros, juro que he muerto y he ido al cielo. «Soy Ellie. ¿Está bien esta presión?»

Podría golpearme con un ladrillo y me parecería bien. «Estupendo, Ellie. ¿Eres nueva por aquí? Creo que no te he visto antes».

Ellie sigue bajando por mi espalda, golpeando cada nudo que se ha formado en las últimas horas y algunos que no sabía que existían. Sus manos son mágicas. Pero no habla mucho. «Sí, acabo de empezar hace un par de días».

Conseguir que hable es como arrancarle una muela. Le pregunto cómo le ha ido el día y me dice que bien. Le pregunto si es de Siracusa y me dice que sí. Aparte de esa primera respuesta, todas las demás son monosilábicas. Empiezo a pensar que mi chica es muda cuando ocurre lo inesperado.

«¡Eleanor!» Una mujer mayor me saca de mi estado semipacífico con su voz chillona. «¿Cuánto tiempo llevas trabajando para este hombre? ¿Ha pagado siquiera?»

Levanto la cabeza de la camilla, con la intención de decirle a esta mujer que pagaré el tiempo que Ellie trabaje conmigo, más una propina, pero la situación ya se me ha ido de las manos. Ellie se ha alejado de mí un palmo. Se mira los pies y tiene la cara enrojecida. A todas luces, imagino que la mujer mayor es su madre. Es una mujer llamativa, con rasgos similares y los mismos ojos azules. Su pelo rubio se ha desteñido, pero guarda el mismo parecido. «Lo siento, señor. Señor, ¿cuánto tiempo...?» «Señor, se le ha acabado el tiempo. No puede recibir un masaje gratis». La mujer mayor me mira con los ojos entrecerrados. En lugar de estar radiante como su hija, parece

enfadada y amargada.

Tiro las piernas de la mesa y cojo mi chaqueta, donde está la cartera. «Tengo dinero en efectivo», le explico con cuidado, intentando no enfadar más a la mujer mayor ni atraer más su ira sobre Ellie. «¿Cuánto por el resto de la noche con su hija?».

La mujer mayor me fulmina con la mirada y mira su reloj. Queda aproximadamente una hora para que cierre el centro comercial y Ellie ya lleva unos veinte minutos trabajando conmigo. Hace cuentas rápidas y arroja un número.

No sé si espera que la pague o qué, pero es absurdo. Tengo la propina de Patrick de antes, así que se la enseño y se la paso a Ellie. «Quédate el cambio», le digo, “es una propina”.

«Bien», la mujer mayor cruza los brazos sobre el pecho, »dale el mejor trato, Eleanor. Es un buen dinero».

Levanto la mano y niego con la cabeza. «No, le he pedido el resto de la noche con su hija. Puedes coger lo que te deba, pero me gustaría llevarla a tomar un helado». Abre la boca para discutir, pero enderezo la espalda e inflo el pecho. No soy tan corpulento como mi amigo Lázaro, pero tengo músculos. «¿Algún problema, señora?».

Me acepta y luego mira a Ellie. «Vuelve a las 9:00 cuando cierre el centro comercial. Hablaremos de esto entonces».

Me giro para mirar a la asustada y confusa masajista, que parece asustada más allá de toda medida. «Vamos a tomar un helado, ¿vale?»». Algún día recordaremos este momento y nos reiremos, quizá. Pero estoy segura de que lo recordaremos y nos daremos cuenta de que fue el momento en que le salvé la vida. No sé qué relación tiene con su madre, pero apuesto a que no es buena.

ELLIE



Caminamos casi en silencio hasta el patio de comidas y sólo puedo pensar en cuando se presentó. «Soy Salvador, por cierto». Lo es, realmente lo es.

Mi corazón se acelera a cada paso que nos alejamos de los sillones de masaje que mi madre nos hace instalar todos los días. Hace poco que me uní a su equipo, pero sólo porque hace poco cumplí dieciocho años y ya era lo bastante mayor para unirme a ellos. Mis dedos se agitan a los lados, una manifestación de mi estrés. Por dentro, mi cerebro grita: «¡Vuelve atrás! ¡No lo hagas! Tu madre te va a castigar». Pero por fuera, me voy con Salvador, mi... salvador personal. «¿De dónde sacaste el valor para hablarle así a mamá?». le pregunto en voz baja al doblar una esquina del centro comercial, con los sillones de masaje repentinamente desenfocados.

Aunque no deja de andar, veo que su enorme cuerpo se vuelve un poco más rígido. Puedo leer su lenguaje corporal porque ya lo he imitado antes. A veces lo he hecho antes de que madre me castigara. Pero entonces Savior exhala y una pequeña sonrisa aparece en sus labios. La tensión de su cuerpo se libera y vuelve a ser ligero. «Tu madre no me asusta, Ellie. ¿O prefieres que llame a tu Eleanor? Supongo que debo preguntar ya que así te llamaba tu mamá». La llama mamá. ¿Es porque yo lo hice?

Flexiono los dedos a los lados y saco la lengua para humedecerme los labios. «Prefiero Ellie. Aunque mamá dice que no me llamó así». Eleanor Elizabeth MaryAnn Garretson. Es un trabalenguas, pero sé decirlo y deletrearlo desde que tenía cuatro años. Mi madre pensaba que a las niñas hay que verlas y no oír las, pero cuando hablan siempre deben decir palabras sabias. Toda mi vida ha sido una búsqueda de la inteligencia que ella consideraba importante. «Nunca había probado el helado». En casa de los Garretson trabajamos duro de sol a sol. Ganamos mucho dinero. Pero no lo gastamos en cosas frívolas.

La sonrisa de Salvador vuelve a ser seria. «Entonces es bueno que haya comprado tu tiempo, Ellie. Se parece mucho al helado, pero es italiano. Es más suave y creo que tiene más sabor».

Mis mejillas enrojecen cuando me veo obligada a admitir en voz alta: «Nunca he comido helado». No del tipo tradicional. Una vez, cuando era más joven, hicimos helado de sal gema en una bolsa en el colegio un caluroso día de verano. Fue la golosina más dulce que había probado nunca. Mis padres no creen en gastar dinero en dentistas o médicos si pueden evitarlo, así que comer dulces azucarados nunca ha formado parte de mi dieta.

Con cuidado, como si caminara sobre hielo delgado, Savior me lanza una mirada interrogante. «Has vivido una vida protegida, ¿verdad?».

«Comparada con las chicas con las que fui al colegio, imagino que más protegida que otras». Cuando mis padres vinieron a la noche de vuelta al cole en mi segundo año de instituto, una de mis compañeras estaba embarazada de cinco meses. Apenas se le notaba, pero mi madre la oyó

hablar de su exploración anatómica con un par de chicas de nuestra clase. Acababa de enterarse de que iba a tener una niña. Cuando llegamos a casa aquella noche, mi madre me dio un sermón sobre la lascivia de los hombres y el pecado de la vestimenta femenina. Rebuscó en mi armario y sacó todo lo que tenía y me hizo probármelo para asegurarse de que no era demasiado sexy. Todo lo que lo era fue destrozado ante mis ojos.

Llegamos al puesto de helados y salgo de los recuerdos que manchan mi psique. Como siempre ha dicho mi madre, no sirve de nada llorar sobre la leche derramada. No cuando tengo delante una deliciosa leche helada.

Savior se arrodilla frente al expositor de cristal donde se sientan ante nosotros una docena o más de sabores de helado. «Elige», dice. «También puedes pedir una muestra de cualquier cosa si no estás segura. Yo invito, Ellie».

Estoy muy confundido por Salvador. Apareció en las sillas en las últimas horas del día y se dirigió directamente a la mía, como una polilla a una llama. Sus ojos oscuros se entrecerraron en mí con interés. Eso sólo lo había visto en la escuela. Los chicos miraban así a las chicas que les gustaban. Pero Savior nunca me había conocido, nunca había hablado conmigo, y no puedo creer que un hombre con ese aspecto pueda interesarse por una chica como yo. Mamá no me dejará volver a hablar con él después de esta noche. Es demasiado tosco. Lleva una chaqueta de cuero con un parche de motorista que seguro que ya le he oído refunfuñar antes. Si sus quejas significan algo, él es un problema.

«¿Me das una cucharada de chocolate con mantequilla de cacahuete?». le pregunta Salvador a la mujer que está detrás del mostrador cuando recupera toda su estatura. Mide un poco más de un metro ochenta, como los chicos que jugaban al baloncesto en el instituto. Pero, a diferencia de ellos, tiene los hombros anchos de un futbolista. Cuando le masajeaba la espalda, sólo notaba músculos.

Hasta ahora, trabajar para mi madre solo me ha puesto en contacto con señoras y señores normales. Tienen cuerpos como yo. Caderas redondas, un poco en el medio, y a veces un busto más redondo. Pero Salvador es como un dios griego, con una mandíbula cincelada y un par de bíceps que parecen capaces de dar un buen puñetazo. Era un placer tocarlo, sobre todo porque no se me permite tocar a los hombres fuera del trabajo.

«Creo que me gustaría el de frambuesa negra con chispas de chocolate». Espero que sea bueno. El color rojo intenso es tentador. Los trocitos de chocolate parecen un dulce añadido.

Savior entrega un billete a la cajera antes de que diga el total y deposita el cambio en el tarro de las propinas. Empiezo a preguntarme si es uno de esos tipos que tienen más dinero que sentido común. Es la segunda vez esta noche que da más dinero del debido. «¿Eres rico?» suelto porque no se me ocurre guardarme mis pensamientos.

Pero él sólo sonríe y niega con la cabeza. «Apenas. Pero he trabajado en el sector servicios. Antes trabajaba a tiempo parcial como camarero para llegar a fin de mes, así que sé lo que es sobrevivir con las propinas. Ahora soy tatuador a tiempo completo y todavía dependo un poco de las propinas, pero no tanto.»

Un artista del tatuaje. Se me hace un nudo en la garganta. No presté mucha atención a su cuerpo cuando se quitó antes la chaqueta. ¿Estaba tatuado? «¿Tienes tatuajes?» Asiente con la cabeza. «¿Cuántos? ¿Te duelen?» Siento una oleada de excitación por todas partes. Hoy es un día lleno de nuevas experiencias. He dado masajes a gente con tatuajes antes, pero sentarme a hablar con alguien que los tiene y los da es nuevo. Dios, me siento protegida.

La cajera nos da nuestro helado y Savior coge una mesa en los márgenes del patio de comidas. Con la última hora de apertura del centro comercial encima, la gente empieza a

marcharse lentamente de todos modos, pero esta colocación nos proporciona un poco más de intimidad. «Tengo tatuada gran parte del pecho y la espalda, así como los brazos hasta la muñeca. Algunos son un poco dolorosos, pero todo depende de tu tolerancia al dolor».

He aprendido que puedo soportar mucho dolor, pero no creo que eso sea bueno. «¿Por qué te dedicaste a tatuar?». Pregunto justo antes de dar el primer mordisco al helado. El sabor explota en mi lengua. Sé que es como un helado, pero sabe a gloria. Es afrutado, con un toque de chocolate. Imagino que si pudiera comer algo el resto de mi vida, sería esto.

«Me hice mi primer tatuaje a los dieciocho años. Era en honor a un amigo caído. Cuando se lo conté al artista, realmente conectó con la pieza y se preocupó por la historia. Verle poner tanto de su corazón en ello me conmovió. Yo era un niño tonto, no tenía muchas cosas en la vida, así que le pregunté qué hacía falta para ser artista». Savior se mete una cucharada de helado en la boca mientras se encoge de hombros. «Trabajé a tiempo parcial con él y a tiempo parcial como camarero intentando averiguar quién era y qué hacía. Resultó que me introdujo en algo más que la carrera que iba a seguir. Me metió en el mundo de las motos y eso me ayudó a conocer a mi familia. Venía de una familia rota, así que conocer a Titan's Rage me ayudó a recomponerme. A los veinticinco años ya lo tenía todo claro».

¿Veinticinco? Siento que se me va la sangre de la cara sólo de pensarlo. Faltan siete años. Sé que mi vida no va a seguir el mismo camino que la de Salvador, pero ¿y si así fuera? ¿Cómo voy a llegar a los veinticinco? ¿Cómo voy a resolverlo todo en los próximos siete años?

«¿Ellie?» Puedo oír el pánico en la voz de Savior y me doy cuenta de que está pasando otra vez.

Alrededor de mi primer año de instituto, cuando empezamos a reunirnos con los orientadores que querían que supiéramos adónde íbamos a ir a la universidad y qué queríamos hacer con nuestras vidas, empecé a tener lo que la enfermera del colegio consideraba ataques de pánico. En aquel momento no me di cuenta. Me metía de lleno en la conversación. Hasta que dejaba de estarlo. Empezaba a pensar para mis adentros, a hacerme preguntas, a hundirme cada vez más en una madriguera de desesperación. De repente, la persona con la que estaba me veía con la mirada perdida, la cara roja, la boca abierta, jadeando y agarrándome el pecho.

Mi madre no creía que los ataques de pánico fueran reales. Le dijo a la enfermera del colegio que solo intentaba llamar la atención. Pero cada vez que veía al orientador e intentaba que concretara mis planes de futuro, me daban. Cada vez. Maldita. Cada vez. Porque no tenía ni idea de lo que iba a pasar después de graduarme en el instituto. Mi madre no tenía planes de dejarme ir a ninguna parte. ¿Cómo iba a convertirme en bióloga marina, profesora o incluso cajera de McDonalds si mi madre ni siquiera me dejaba ir sola al supermercado?

Siento que mi silla gira y, de repente, estoy rodilla con rodilla con Salvador. Me pasa las manos por los muslos y me mira concentrado. «Tranquila, Ellie», me dice suavemente, »todo va a salir bien. Respira hondo, vas a superarlo. Es sólo un ataque de pánico».

Salgo de mi estupor parpadeando y confundida. «¿Qué?» Le pregunto ladeando la cabeza. «¿Crees que mis ataques de pánico son reales?».

Savior sigue frotando con sus manos hacia delante y hacia atrás los lados de mis piernas en un movimiento tranquilizador. «Sí, por supuesto. ¿Por qué no iban a serlo?».

Mi corazón sigue acelerado en el pecho y mis manos aún están sudorosas. Tengo la cuchara de helado en la mano y el líquido rojo oscuro se derrite. Una gota cae sobre mis pantalones negros. No mancha, pero está amargamente fría. «¿Quién eres, Salvador?»

Levanta las cejas y deja de mover las manos, apartándolas lentamente. «Soy el tipo que acabas de conocer en los sillones de masaje hace unos minutos», me recuerda.

«Oh, no», suavizo la voz, »quiero decir que eres diferente a todos los que he conocido. Eres muy amable conmigo. Nunca nadie ha sido amable conmigo».

Savior se acerca para quitarme la cuchara de helado de la mano antes de que deje caer otra mancha de color rojo oscuro sobre mis pantalones y la deposita en la taza de la mesa. «Ellie, sé que esto te va a parecer una locura porque acabas de conocerme, pero tengo toda una familia de gente que será amable contigo. Más amable que tu familia. Gente que te aceptará porque yo se lo digo. Gente que te aceptará porque es lo correcto. Sólo dilo, Ellie. No tienes que volver con tu madre o a la vida que has estado llevando. Realmente no te conozco a ti ni a tus circunstancias, pero quiero salvarte de ellas».

Mi madre siempre ha odiado a los hombres con chaquetas de cuero. Llevan sus imágenes de calaveras bordadas y van en manada en moto. Ella no sabe mucho de ellos, aparte de que parecen amenazadores. Y puede que Savior dé un poco de miedo cuando lo ves al principio. Pero mi madre parece una mujer dulce hasta que llegas a conocerla. Así que tal vez las apariencias engañan.

Sé de dónde vengo, así que supongo que a dónde voy no puede ser peor. «Aunque no tengo dinero ni nada».

Salvador se encoge de hombros. «¿A quién le importa? Te encontraremos un trabajo».

Me inquieto. «No tengo ninguna habilidad».

«Te enseñaremos las habilidades. Ellie, si quieres escapar, te protegeremos. Puedes quedarte en mi casa, o si quieres quedarte con una mujer, conozco a una matrona maravillosa en el club llamada Bonnie que estaría encantada de tenerte».

Tengo que parpadear para contener las lágrimas porque esto suena casi demasiado bueno para ser verdad. No planeé que esto sucediera esta noche. «No tengo nada. No tengo ropa, ni teléfono, ni, bueno, nada».

Extiende la mano para ponerla sobre mi rodilla. «Ellie, entiendo que puedas estar indecisa y eso está perfectamente bien. Pero puedo ayudarte a conseguir lo que necesites».

Salvador, mi salvador. He agotado todos mis argumentos. «Vale», una sonrisa vacila en mis labios, “sálvame”.

SAVIOR



«¿Qué coño, tío», suspira Lázaro.

Cojo la botella de bourbon y me sirvo otro vaso. Ha sido una noche larga. Pero nada cura una noche larga como tres dedos de whisky. «Tú y yo hacemos buena pareja», anuncio con una sonrisa. «Salud, amigo».

Desde el sofá, Lázaro levanta su vaso y le da un buen trago al líquido ámbar. Hace poco salvó a su propia damisela en apuros, así que sabe lo que es encontrarse en una situación así. Hay muchas cosas en juego cuando unas zorras con curvas aparecen en tu puerta y tienes demasiado corazón para rechazarlas.

«No puedo creer que te fueras con ella». Lázaro sacude la cabeza mientras deja su vaso. «Ni siquiera te despediste de mamá».

No creía que Ellie quisiera despedirse. Tampoco quería lidiar con las consecuencias de la despedida. «Terminamos nuestro helado primero», me encojo de hombros y me froto las sienes con la mano libre. «Dijo que no tenía mucho en casa de todos modos, así que no había razón para volver a buscarlo».

Es más de medianoche y me duele el cráneo. No he parado desde el momento en que nos levantamos y tiramos nuestros envases de helado a la basura. Agarré a Ellie de la mano y me aseguré de que supiera en lo que se estaba metiendo, que si salía de aquí, lo más probable era que no pudiera volver. Yo estaba más que de acuerdo con eso, pero necesitaba que ella supiera que las consecuencias de sus acciones probablemente serían nefastas si las llevaba a cabo.

En el aparcamiento, llamé a Lazarus para preguntarle si Gianna seguía viviendo con Bonnie, pero en medio de la conversación, Ellie decidió que no quería irse a vivir con un desconocido. Ellie nunca había montado en moto y yo no estaba preparado con un segundo casco, así que le di el mío. Fuimos al Walmart 24/7 a comprarle un pijama y un par de conjuntos para los próximos días y volvimos a casa. Pero cuando llegamos, Lázaro y Bonnie ya habían aparecido. ¿Por qué? Porque la gente no puede mantenerse al margen de mis asuntos.

Bonnie hizo todo lo posible por convencer a Ellie de que se quedara en su casa, pero Ellie tiene el mérito de ser una joven de carácter fuerte. Lazarus estaba ocupado planeando lo que necesitaríamos para una mujer que apareció sin nada. Estaba dispuesto a desembolsar dinero en efectivo en ese mismo momento si eso era lo que necesitaba. A las once estábamos agotados y listos para irnos a la cama.

Puse a Ellie en una habitación junto a la mía. Estoy seguro de que sus padres no intentarán nada, pero, por si acaso, quiero poder oír cualquier refriega. Tengo unas cuantas pistolas en una caja fuerte del armario y un cuchillo en la mesilla de noche. Soy más que capaz de cuidar de Ellie si es necesario. Para cuando la metieron en la cama y le enseñaron dónde estaba todo y

Bonnie fue enviada de vuelta a casa, Lazarus y yo estábamos muertos de miedo.

De ahí el bourbon.

«Nivela conmigo, Salvador», Lázaros levanta los pies en el sofá y se pone cómodo. «¿Te gusta esta chica?»

Llevo horas haciéndome esa pregunta. «Estuve a punto de enamorarme de ella cuando la vi por primera vez, Laz. Es preciosa. Y claro, medio quería salvarla para quedármela para mí». Egoísta de mí, pero puedo admitir esto ante Lázaros. «Pero al final del día, sigue siendo lo correcto. No voy a aprovecharme de ella. Si esto se convierte en algo, genial. Si no lo hace, boohoo, pobre de mí. Al menos está a salvo y libre».

Lázaros no es nadie para juzgar, y menos yo. Somos mejores amigos. Cada uno estamos en una situación similar. Él y Gianna han llevado las cosas al siguiente nivel. Como su protector, como su jefe, sería un hipócrita si dijera que estoy equivocado por quererla. «Es un poco joven, ¿no?».

Sonrío y bebo otro sorbo de bourbon. «Yo diría que acaba de cumplir dieciocho años. Probablemente una virgen si alguna vez vi una, amigo mío».

Vuelve a levantar el vaso y aplaude en el aire. «Joder. Felicidades si sale bien, tío. Y buen trabajo».

«¿Para qué?»

Lazarus me lanza una mirada mordaz. «Por hacer lo correcto, imbécil. Sea cual sea tu razonamiento, esta noche le has salvado la vida a esta chica. Sé que no fue totalmente por la bondad de ese viejo corazón tuyo, pero hiciste lo correcto. Estoy orgulloso de ti».

Pongo los ojos en blanco y echo la cabeza hacia atrás. Supongo que tiene razón. Salvé la vida de Ellie. Ahora solo tengo que conseguirle un trabajo, hacer que se recupere, ayudarla a averiguar qué va a hacer el resto de su vida y todo lo demás. Y esperar que en algún punto del camino la joven y curvilínea reina se enamore de mí. No es gran cosa. «Soy bastante genial, ¿no?»

«No te hagas ilusiones», advierte Lázaros. «Es sólo una buena acción. No has curado el cáncer ni nada».

No, pero salvé una vida. Y eso tiene que significar algo, ¿no?

ELLIE



Me despierto con el sonido de la ducha al apagarse. La luz del sol entra a raudales en la habitación que me ha cedido Salvador y todo está bañado en un tono brillante. Todo parece tan surrealista. Hace veinticuatro horas me desperté envuelta en la oscuridad de mi habitación, con las cortinas echadas porque así lo prefería mi madre, y hoy es completamente distinto.

Salgo de la cama y me dirijo al baño del pasillo. Hay un espejo detrás de mi puerta y, por primera vez, me doy cuenta de que esto es contra lo que mi madre intentaba protegerme. Me veo sexy. Savior dijo que podía elegir la ropa que quisiera. Sé que Walmart no es el epítome del glamour y la alta costura, pero he cogido un par de pantalones cortos y un pijama de tirantes y, con el pelo despeinado, parezco alguien en quien los chicos podrían estar interesados.

Aún me paso los dedos por el pelo para despeinarme antes de abrir la puerta. Ahí es donde encuentro a Savior saliendo del baño con una toalla enrollada alrededor de la cintura. Me quedo boquiabierta cuando me doy cuenta de que no bromeaba con lo de los tatuajes. Tinta negra indeleble cubre sus brazos y pectorales de una forma artística y hermosa. No puedo distinguir cada uno de los tatuajes, pero basta con recorrerlo con la mirada para que mis mejillas se pongan rojas cuando me encuentro con su mirada.

«Ellie», dice con tono sorprendido. «No sabía que te habías levantado tan temprano. Puede que haya usado toda el agua caliente. No pasa nada», le tranquilizo. »Sólo necesitaba ir al baño. Puedo ducharme después de desayunar».

Los ojos de Salvador se abren de par en par cuando menciono la palabra desayuno. «Oh, mierda», murmura en voz baja. «Vale, ¿qué quieres del McDonald's? No he ido a comprar esta semana. Tenía intención de hacerlo, pero se me ha echado el tiempo encima. Pero iré a por algo». Empieza a dirigirse hacia las escaleras cuando lo detengo.

«¡Llevas una toalla!».

Se agarra a la tela y mira hacia abajo. Inmediatamente, Savior se da la vuelta y me hace un gesto con la cabeza. «Tienes razón. Debería vestirme primero». Vuelve a pasar a mi lado, esta vez en dirección a su habitación. Esto me da una gran oportunidad de mirar su espalda, que está casi totalmente cubierta de tinta. Salvador es un lienzo andante, y muy bonito.

En los tres minutos que tardó en ir al baño y lavarme las manos, Salvador está vestido y sale de su habitación. Parece listo para un partido de baloncesto, algo que no me lo imagino jugando. «De acuerdo, ahora vuelvo. Voy a McDonald's», y baja corriendo las escaleras mientras yo me dirijo a mi dormitorio. Cuando me pongo la ropa, me doy cuenta de que nunca le dije lo que quería.

Mis padres nunca me llevaron a explorar mucho la ciudad de Siracusa, así que no estoy

segura de cuánto tardará Salvador en desayunar. Aprovecho este tiempo para explorar su casa. Anoche me enseñó dónde estaba la cocina, dónde estaban los dos cuartos de baño y dónde estaban su dormitorio y el mío. En su ausencia, exploro el resto de su casa.

Sé por lo que he hablado con él que tiene más de veinticinco años, pero por lo que veo a mi alrededor deduzco que es un hombre hecho y derecho. Tal vez en la treintena. Tiene un estilo de decoración muy refinado, incluso en un tercer dormitorio que está decorado con diversos instrumentos musicales. Algunos cuelgan de la pared, otros, como el piano, están en el suelo. También hay un par de sillas y un sofá. Me pregunto cuántos de estos instrumentos sabe tocar Salvador.

Abajo hay otro dormitorio. A lo largo de las paredes hay dibujos y obras de arte. Algunos llevan la firma ST, que supongo son las iniciales de Salvador. Otros no. Un gran escritorio en forma de L contiene una variedad de lo que supongo son las herramientas de su oficio. ¿Son extras o a veces trabaja en esta habitación?

La puerta principal se abre y me saca de mi investigación. Salgo del dormitorio y me dirijo a la cocina, donde Savior me sorprende y ladea la cabeza. «¿Qué estabas haciendo?»

Mamá decía que si alguna vez le mentía, lo sabría inmediatamente y mi castigo sería siempre diez veces peor. Así que le digo la verdad a Salvador. «Estaba echando un vistazo. Quería ver cómo era tu casa».

En lugar de enfadarse como haría mamá, pregunta: «¿Has visto la sala de tatuajes? Tengo que limpiarla, pero no es una prioridad. Aunque puedo subirlo en la lista si te incomoda».

Se me ocurre que Salvador siente por mí una ternura que ninguno de mis padres ha sentido nunca. La forma en que movería montañas por mí es algo que mis padres nunca harían. «No, creo que la obra es preciosa. Es tu casa, Salvador. Por favor, mantén todo como está. Ya estoy imponiendo».

Empieza a sacar comida de bolsas y a ponerla sobre la encimera. Hay papas fritas y panqueques, cuatro sándwiches envueltos en papel, y puedo oler salchichas y queso. «Yo te invité, Ellie. No eres nada imponente. Hoy vamos a intentar equiparte con el mayor número posible de cosas para que puedas empezar. Lázaro me dio una lista de cosas que puedes necesitar, pero en cualquier momento, por favor, hazme saber si hay algo que quieras. Te lo conseguiremos».

Me doy cuenta de que todas estas cosas con las que me están «equipando» van a costar dinero. «Salvador, cuando consiga un trabajo, te devolveré todo esto. Te lo prometo».

«Olvidé preguntarte qué querías», Savior ignora mi promesa y señala el mostrador lleno de comida, «así que tengo un poco de todo. Elige lo que quieras. Soy feliz con cualquier cosa».

Miro el tesoro de comida y cojo las tortitas. Ya me habían dejado comer tortitas, pero nunca con sirope. El contenido de azúcar era demasiado alto. «Te lo digo en serio. Voy a devolverte hasta el último céntimo».

Coge un bocadillo y lo desenvuelve, el olor a salchicha se hace más fuerte a medida que se va destapando. «Lázaro está hablando hoy con algunas personas en el club. Vamos a hacer una colecta para ti. Nadie espera que les devuelvas el dinero. Incluso si lo hicieran, no sería monetariamente. Sería ayudar a Bonnie un sábado cuando se sobrepasa para una venta de pasteles y necesita a alguien que la ayude a hacer 400 galletas. Sería repartir folletos para el gimnasio de Lazarus para una nueva promoción. Sería ayudarme a prepararme para una convención de tatuajes o algo así. Nadie quiere tu dinero, Ellie. El dinero no es importante para nosotros. Lo importante es ayudar a los que te ayudaron».

Nunca me di cuenta de que había otra moneda además del dinero. En el mundo de Salvador,

el dinero en efectivo no es el rey. Estoy aprendiendo que lo más importante para él es su familia. Y estoy aprendiendo aún más rápido que su familia no es la unidad familiar tradicional. Es este club de motociclistas al que sigue aludiendo. Esa cosa de Furia de Titanes que mencionó. Bonnie y Lazarus aparecieron anoche antes de que volviéramos a su casa. Así de cercano es a ellos. Llamó para hacer una pregunta y cuando dijo que ya no necesitaba ayuda, ellos aparecieron porque son de la familia y lo quieren.

Como mis tortitas en silencio, preguntándome si lo que he sabido sobre la familia y la lealtad toda mi vida está equivocado. ¿Existe la posibilidad de que encuentre algo nuevo y diferente con Savior y Furia de Titán? ¿Está mi camino imitando el suyo después de todo? Tengo dieciocho años y he encontrado a alguien que me está ayudando a descubrir quién soy. A los veinticinco, ¿lo tendré todo resuelto después de todo?

Por primera vez desde los catorce años, pensar en el futuro no me provoca un ataque de pánico. Al contrario, me siento esperanzada.

SAVIOR



El lugar más fácil para llevar a Ellie a comprar ropa sería el centro comercial, pero no quiero arriesgarme a encontrarme con su madre. Así que saltamos de tienda en tienda. De hecho, hoy tengo que conducir mi camioneta porque no hay manera de que carguemos todas estas bolsas en mi motocicleta.

Desafortunadamente, cada compra que hacemos parece hacer que Ellie se sienta más y más incómoda. Desde ropa interior hasta camisas, se vuelve más retraída. A medida que se llena la parte trasera de mi camioneta, se enrosca los tirabuzones rubios alrededor del dedo y mira las bolsas como si fueran el enemigo.

«¿Qué pasa? le pregunto mientras nos quedamos fuera de Verizon.

Se queda mirando las grandes letras que adornan el edificio. Se muerde el labio inferior con los dientes y puedo leer la consternación en su rostro. Sus ojos azules recorren la V hasta la N y vuelven a mirar. «Nunca he tenido un teléfono», dice Ellie en voz baja y ansiosa.

Ese pensamiento se me había pasado por la cabeza. Hay muchas primeras veces en la vida de Ellie que le estoy presentando, algunas de las cuales me emocionan de un modo que apenas puedo imaginar. «Son como pequeños ordenadores en los que puedes acceder a todo lo que quieras. La mayoría los usamos para ver vídeos de gatos». Diría que estoy bromeando, pero como alguien que es muy alérgico a los gatos pero sigue adorando a esos pequeños bobalicones, los vídeos son lo más parecido a eso.

«Tuvimos un gato una vez», murmura Ellie en voz baja, soltando lentamente el mechón de pelo que ha estado enrollando en su dedo durante la última hora que llevamos de compras. «Pero a mamá no le gustaba demasiado. Decía que costaba mucho alimentarlo. Lo dejó escapar».

Una oleada de preocupación me golpea el pecho. De repente, me entran ganas de comprarle un gatito. ¿A quién le importa que sea alérgica? Fabrican Benadryl, ¿no?

«¿Qué es un buen teléfono? Ellie se vuelve para mirarme, con los ojos azules brillantes mientras su rosita se lanza a lamerse los labios. Es una niña inocente, tan dulce y amable.

Tengo que recordarme a mí misma que está prácticamente bajo mi tutela. Puede que sea adulta, pero yo la estoy sacando adelante. Hoy le doy las cosas que necesita para empezar de nuevo. Mañana la ayudaré a encontrar trabajo. Después, la ayudaré poco a poco a resolver sus finanzas. Un día encontrará otro lugar donde vivir. En ninguna parte de esa lista dije desflorarla. En ninguna parte. «Bueno, entremos y averigüémoslo. La industria cambia cada año. Supongo que lo averiguaremos juntos».

Entramos sólo para encontrarnos con un vendedor baboso. Estoy seguro de que es un gran tipo, pero se pasa. Tiene una sonrisa ganadora y el carisma de un hombre que se presenta a las elecciones. Dice cualquier cosa, besa a cualquier bebé y estrecha cualquier mano para venderte

un teléfono. Y funciona. Ellie y yo salimos de allí con teléfonos iguales. El tipo me vende la oferta de añadir a Ellie a mi plan. Si lo hago, le descontaré casi el 50% del precio de su teléfono, suponiendo que yo también compre uno. Mi teléfono tiene un par de años y probablemente aún no necesite uno nuevo, pero dejo que el vendedor juegue conmigo. Con mil dólares menos, Ellie y yo vamos cargados de tecnología nueva.

«Salvador», se inquieta Ellie cuando salimos, “algo me preocupa”.

Si se trata de dinero otra vez, voy a estallar. Probablemente no, porque parece una cosita frágil, pero estoy harta de explicarle que todo esto es un medio para conseguir un fin. «¿Qué pasa?»

Ellie mira a su alrededor en busca de un sitio donde sentarse y se dirige hacia un banco bajo un árbol. Tiene su nuevo móvil en la mano y veo que lo agarra como si fuera de vida o muerte. Tiene los nudillos blancos y ahora me preocupa. «Anoche, cuando nos fuimos del centro comercial sin despedirnos de mamá, pensé que era la mejor idea. Si me hubieras acompañado hasta las sillas y le hubieras dicho que nos íbamos juntos, no sé qué habría pasado. Pero he estado pensando en ello y creo que tenemos que decirle que no voy a volver. Si no lo hacemos, podría ir a la policía». Sus palabras salen de prisa y corriendo, y no deja de mirarme el regazo. «Podría decirles que la banda de motoristas me secuestró y no quiero que te metas en líos».

Cierro los dedos en un puño al oír las palabras «banda de moteros». Sé que Ellie es ingenua y no entiende lo que dice, pero es la gente como su madre, que le mete en la cabeza que los clubes de moteros son bandas, la que nos da mala fama. «Para empezar, no somos una banda, Ellie. Somos un club, igual que un club de ajedrez o de activistas en el instituto». Quiero expresarlo con palabras que ella entienda. Ella es joven. Puede que sea muy inteligente, pero ha vivido una existencia protegida. «La única diferencia es que nos cuidamos los unos a los otros. Somos una familia. Cuando uno de nosotros necesita algo, estamos ahí para el otro».

Podría seguir hablando de las diferencias entre una banda de moteros y un club de moteros, pero me detengo ahí porque no quiero que Ellie se quede atascada en todos los detalles. «En segundo lugar, creo que tienes razón. Si quieres, podemos ponernos en contacto con tu madre por teléfono o ir en persona al centro comercial y hacerle saber que estás a salvo, pero que no volverás a casa. Aunque eres mayor de edad y la policía le dirá que eres más que capaz de hacer lo que quieras, si ella cree que te han secuestrado, puede que se interesen por el caso. Sin embargo, la forma en que quieras llegar a ella depende de ti».

El pulgar de Ellie se acerca lentamente a su boca hasta que sólo la uña queda entre sus labios. Empieza a mordisquear la uña ansiosamente mientras sopesa sus opciones. «¿Podemos buscar su número?». Ellie me mira esperanzada.

Abro la aplicación web de mi teléfono y le pido el nombre de la empresa de masajes que dirige su madre. Cuando lo tecleamos en Google, aparecen los horarios y la ubicación, junto con un número de teléfono. La dirección está en el centro comercial. Como todavía no tienen un edificio físico, el número de teléfono también resulta ser el móvil de su madre; Ellie lo reconoce inmediatamente. «¿Quieres que llame yo al número o quieres llamar tú? Podemos llamar desde mi teléfono si quieres, así ella no tiene tu número, pero tú puedes hablar con ella, o yo puedo hablar con ella».

«Puedo hacerlo», decide Ellie, “creo que tendrá más peso viniendo de mí”.

Pulso el dial y se lo paso. Y, a pesar del temblor de sus manos, su voz es firme cuando habla. «¿Mamá? Soy yo, Eleanor». Es una pena que sólo pueda oír una parte de la conversación. «Estoy bien, mamá. No, no me llevó a ningún sitio al que no quisiera ir. Fui voluntariamente». Mi corazón se acelera por ella. Me imagino lo que estará pensando su madre. Si mi hija se escapara

con un hombre al que acaba de conocer, movería cielo y tierra para recuperarla. Por supuesto, no trataría a mi hija como la trata la madre de Ellie.

«Me fui por elección, mamá. No volveré». Cuando dice esa frase, se hace el silencio durante una fracción de segundo antes de que se oiga un grito estruendoso al otro lado del teléfono. No consigo entender lo que dice la madre de Ellie, pero Ellie se aparta el teléfono de la oreja y veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

«¿Quieres que lo coja?». susurro. Ellie sólo puede asentir con la cabeza mientras se le saltan las lágrimas, que le resbalan por la cara. Cojo el móvil y me lo acerco a la oreja, solo para oír a su madre soltando palabrotas y llamando puta desagradecida a su hija. «Perdone, señora, le agradecería que no le hablara así a Ellie».

Esto hace callar a su madre, pero sólo por un segundo. «Tú», resopla cuando se da cuenta de que soy el mismo hombre de anoche, o como mínimo alguien que ha convencido a su hija para escapar de su infernal existencia. «¿Qué quieres de Eleanor? ¿Sólo quieres una chica inocente con la que acostarte? ¿Una chica dulce a la que preñar y tener tus bebés? ¿No puedes encontrarla en ningún otro sitio, así que has tenido que llevarte a mi preciosa Eleanor?».

Lanzo una mirada en dirección a Ellie. Ella aparta la vista de mí y mira a lo lejos. Gracias a Dios que ahora no puede oír a su madre. «Señora, con el debido respeto, sus preguntas son innecesarias. Su hija llevaba una vida miserable y quería una oportunidad para ser libre. Yo le estoy dando esa oportunidad. Mi familia y yo la mantendremos a salvo. No hay necesidad de que te preocupes más por ella. Quería llamarte para decirte que está bien. Si tienes alguna otra pregunta, puedes llamar a este número. Es el mío. Estaré encantado de hablar contigo, pero a menos que Ellie diga que quiere hablar contigo, considera que esa última comunicación que tuviste con ella es todo. Que tengas un buen día». Cuando cuelgo, el corazón no deja de latirme durante un minuto entero. Siento que voy a vomitar.

«¿Ellie?» Me acerco para tocarle el hombro y se sobresalta un poco. «¿Estás bien?»

Gira la cabeza para mirarme. Las lágrimas han dejado de caer y las de su cara se han secado, dejando marcas de manchas en su rostro. «La primera vez que soñé con escapar tenía ocho años. Pero entonces no sabía lo que significaba. Sólo sabía que los otros niños y niñas de mi clase de tercero no eran como yo. Yo no era diferente como Ariel era diferente. Tenía un trastorno del aprendizaje y todos los miércoles después de comer se iba porque recibía ayuda extra de otro profesor. Los niños la trataban diferente por eso. Pero yo sabía que era diferente por la forma en que crecí».

Justo cuando pensaba que el latido de mi corazón iba a volver a la normalidad.

«Casi todos los días después de aquello imaginaba cómo sería ser como los demás niños. Comprar comida caliente o llevar Gogurts al colegio o comprar libros en la feria del libro de Scholastic. Al principio soñaba con cosas pequeñas e insignificantes. Luego, a medida que crecía, me preguntaba cómo era tener intimidación, poder elegir lo que quería ponerme, tener libertad». Ellie sale del ovillo en el que se ha hecho un nudo. Sus piernas vuelven a colgar del borde del banco y gira su cuerpo para mirarme. «En el instituto, cuando mis compañeros soñaban con ser médicos o científicos o hacer algo que les hiciera ricos, yo sólo soñaba con cómo sería valerme por mí misma por una vez».

Ellie se inclina más hacia mí. Puedo oler el perfume de mi cuerpo que irradia de ella. «Pero nunca imaginé esto. Nunca soñé contigo. Nunca pensé que habría alguien más a mi lado o defendiéndome. Gracias, Salvador». Se levanta para tocarme la mejilla, rozando mi barba con la mano. «Salvador, mi salvador», susurra Ellie antes de acercarse aún más, acortando la distancia y presionando sus labios contra los míos.

Jamás olvidaré nuestro primer beso. Sabe a nada y a todo a la vez. Sus labios son ligeros como una pluma, vacilantes al rozar los míos. Parece como si este momento durara para siempre, pero también como si terminara demasiado pronto. Ellie se aparta y retira la mano, mirándome con los ojos muy abiertos, ligeramente aturdida y confusa.

«¿A qué ha venido eso?» Hay un anhelo en mi voz. Quiero más de ella, pero me da miedo estirar la mano y volver a atraerla.

Ellie se aclara la garganta y parpadea para disipar la confusión. «Un gracias, creo». Dice mientras se muerde el labio inferior. «Fue mi primer beso», admite un segundo después.

¿Cuántos primeros más podremos compartir? «¿Cómo fue?»

«Perfecto.

ELLIE



Besar es una sensación interesante. Los labios de Salvador se movieron contra los míos durante un breve segundo antes de que me apartara y me hizo desear haber dudado un instante más. Me di cuenta de que eso era lo que mi madre me advertía. No quería que me acercara a los chicos de esa manera porque me daba curiosidad.

Durante mis años de secundaria y bachillerato, no me dejaba ir a los bailes del colegio porque temía lo que pudiera pasar. Si le tocaba la mano a un chico o bailaba despacio con él, se acababan las apuestas. Acababa liándome con él en un rincón oscuro y lo siguiente que sabía mamá era que estaba temerosa y maravillosamente enamorada. Y embarazada. Siempre le preocupaba que me quedara embarazada.

Sabía cómo se hacían los bebés, pero nunca había entendido la logística. Desde quinto de primaria, todos los años venía alguien a explicarnos a la clase qué eran los pájaros y las abejas. Nos hablaban de anticonceptivos y preservativos. Si mamá hubiera sabido que yo asistía a la clase, se habría muerto, pero fue lo único que hice para desobedecerla. Firmé las hojas de los padres y las devolví sin que ella las viera. Sabía mucho sobre cómo protegerse para no tener hijos, pero no sabía lo que era enamorarse y hacer el acto que los provocaba.

Eso era lo que hacía que besar a Savior fuera mucho más especial. Acababa de colgarle a mi madre después de decirle que él y su familia iban a mantenerme a salvo. Parecía lo que había que hacer. Te inclinas y besas al hombre de tus sueños y estallan los fuegos artificiales. Todo está bien en el mundo. Comienza el felices para siempre. Y casi funcionó.

Excepto que el mundo real se derrumbó a nuestro alrededor. El teléfono de Salvador sonó y era uno de los chicos. No me quitaba los ojos de encima mientras hablaba de forma rápida y entrecortada. Sólo pensaba en aquel beso y en cómo hacía veinticuatro horas mi vida era completamente distinta.

«¿Te apuntas a una fiesta esta noche?» me pregunta Savior cuando corta la comunicación con su interlocutor.

Levanto una ceja porque seguramente no me está hablando a mí. Nunca me han gustado las fiestas. La vida de una chica criada por padres estrictos no está llena de fiestas. «¿Qué tipo de fiesta?»

«Uno de los chicos, Buck, acaba de comprometerse. Así que hay una celebración en Brickhouse. Es un bar que está más o menos dirigido por el club».

Aunque no sé lo que uno lleva a una fiesta de compromiso o un bar, o un bar que es más o menos, más o menos dirigido por un club de motociclistas no menos, supongo que no hay razón para no ir. Después de todo, si Savior va a estar allí, eso significa que voy a estar en su casa por mí mismo de todos modos. Eso no suena como un buen momento. Podría practicar con el piano,

pero ¿dónde está la gracia después de una hora?

«Genial», Savior me pone la mano en el muslo y me da un tierno apretón. Una extraña chispa recorre mi cuerpo. «Si no te molesta, cogeremos mi moto. La mayoría de los chicos de allí suelen hacerlo».

Ir a lomos de su moto anoche fue como huir del castillo de la reina del mal a lomos de un caballo de acero. Sentí el viento erizarse contra mi cuerpo y, aunque un escalofrío me recorrió, me sentí libre. Me envolví alrededor de Salvador, apenas conociendo a este hombre como algo más que un caballero de cuero negro, y recé para que mi madre no nos detuviera antes de escapar. «La moto está bien». Está más que bien. Es sólo otro símbolo de mi libertad. Tal vez algún día Salvador pueda enseñarme a conducir una.

De toda la ropa que elegí hoy, Savior dijo que un vestido estaría bien para ir a Brickhouse. La última vez que recuerdo haberme puesto un vestido fuera de eventos especiales fue cuando tenía seis años. Aunque recuerdo habérmelo probado antes, ahora me parece demasiado corto.

«Está bien, Ellie. Estás preciosa». Savior intenta reprimir una sonrisa mientras me bajo el dobladillo de la falda por duodécima vez desde que bajé hace cinco minutos. «Te lo juro, tiene el largo adecuado».

El dobladillo casi me roza las rodillas. Comparado con otros vestidos que podría haber elegido, es bastante conservador. Pero cada vez que me siento sube un poco. «Es que no quiero que nadie piense que intento ser el centro de atención».

Savior sacude la cabeza y me hace un gesto con la mano para que le siga hasta el garaje, donde tiene aparcada la moto. «Estoy seguro de que vas a llamar la atención porque eres una cosita bonita, pero nadie va a ser malicioso contigo por ello. Y si lo son, avísame y me ocuparé de ellos».

Al final, voy a tener que empezar a luchar mis propias batallas, pero es agradable tener a Savior aquí para que me sustituya. Ya sabes, sólo en caso de que no sea lo suficientemente fuerte todavía. «Uno de estos días te vas a cansar de mi inocencia y confianza», le advierto. «Temo profundamente que llegue ese día, pero sé que va a ocurrir. Siento mucho depender de ti para todo».

Pasa la pierna por encima de la moto y se pone cómodo antes de lanzarme una mirada dubitativa. «Te apuesto a que no. Eres demasiado agradecida y dulce para que me canse de ti, Ellie Garretson. Ahora súbete. Creo que vamos a llegar tarde».

No tengo más remedio que creerle. Con un poco de gracia, mantengo cubierta mi dignidad mientras imito sus acciones para subir a la moto detrás de él. Esta vez, cuando me agarro, siento algo diferente. No es solo un hombre que me rescata de mis malvados padres y me lleva a la libertad, es el hombre que me ha dado un lugar donde quedarme, que me ha comprado todo lo que necesito para empezar de nuevo y a quien di mi primer beso. Esta vez es más, y eso hace que me aferre con más fuerza.

El aparcamiento de Brickhouse se está llenando cuando llegamos. Está repleto de motos arriba y abajo de cada una de las filas y en la parte de atrás hay aparcados una docena de coches. «¿Así son siempre las fiestas para vosotros?». murmuro mientras me apeo de la moto.

Salvador sólo se encoge de hombros. «Esto es en el lado más pequeño, en realidad. A veces sólo hay aparcamiento en la calle para cuando llego si trabajo hasta tarde en un tatuaje. O llegamos pronto o Buck no invitó a todo el mundo».

Coloca su bicicleta y se alisa la ropa. Está un poco desarreglada por el viaje, cosa de la que

me responsabilizo por haberme agarrado a él durante la mayor parte del trayecto. Savior me ha dicho que hay un respaldo que evitará con creces que me caiga, pero prefiero agarrarme. Puede que sea liberador salir a la carretera en moto, pero sigo teniendo un sano respeto por la seguridad.

«Escucha, estos hombres y mujeres son mi familia y les confío mi vida, pero que permanezcan a mi lado. Como en todas las familias, hay algunas manzanas podridas. Son unos cagones que estarán encantados de preguntarte por tu historia y revolver la olla. Buscarán a tu madre y se burlarán de tu paradero. No harán nada peligroso, pero serán unos mierdas». Salvador pone los ojos en blanco pensando en ello. «Son familia, pero son los primos molestos con los que no quieres estar. Probablemente haya media docena de ellos de los que desearía que Furia de Titanes se deshiciera, pero no traicionamos a la familia así a menos que nos hagan daño.»

Creo que buscar deliberadamente a mi madre y burlarse de ella sería hiriente, pero no es mi club de moteros. Lo que yo considero hiriente puede ser un poco diferente a ellos. En lugar de expresar mi opinión, sigo a Savior al interior.

Inmediatamente me veo inundado por rostros y voces ahogados por la música a todo volumen. Capto fragmentos de conversaciones y veo docenas de ojos que miran en nuestra dirección mientras Savior me coge de la mano y tira de mí a través de la multitud hacia el bar. Enseguida me doy cuenta de que el largo de mi vestido no es ningún problema. Las mujeres de aquí exhiben sus pechos de una forma que me hace parecer una monja. ¿De dónde saco yo las agallas para vestirme así? Allí estaba yo preocupada por el largo de mi vestido y Savior intentaba hacerme sentir mejor cuando él sabía que las mujeres de su club se vestían así. Debo parecerle tonta.

Salvador nos pide un vaso de agua a los dos y me lleva hacia un banco de mesas altas pegadas a una pared. Por el camino, saludamos a varias personas. Me presenta, oigo algunos nombres y me miran superficialmente, pero nadie me presta atención. No hasta que nos cruzamos con una mujer llamada Natalia, que rodea a Salvador con sus brazos y le besa en ambas mejillas. Me dedica una sonrisa malévola y aparta la mirada antes de que él pueda terminar de presentarme. Es alta y ágil, con rasgos oscuros y un cuerpo que me da envidia. Puede que yo tenga curvas en todos los sitios adecuados, pero me da la sensación de que es ella quien las luce.

Los celos me invaden cuando nos sentamos. Se me calientan las mejillas y quiero derretirme en el suelo.

«Voy a ir al baño muy rápido. Tienes tu teléfono, ¿verdad? Laz dijo que él y Gianna vendrían en un segundo». Savior me aprieta la mano antes de levantarse y marcharse, dejándome allí sentada en un mar de gente con nada más que mi agua y mi ingenio.

Nada de eso me ayuda cuando Natalia se desliza por donde acaba de salir Savior. «Así que eres su último partido, ¿eh? Siempre le han gustado jóvenes».

No me acosaban mucho en la escuela porque la gente se sentía mal por mí. No tenían una razón, sólo tenían la sensación innata de que no me lo merecía. Sin embargo, he pasado por delante de muchos niños acosados; el tono de Natalia apesta a condescendencia. Cuando no respondo, no se lo toma bien.

«Yo fui tú una vez». Da un sorbo fuerte y desagradable a su bebida. «Salvo que entonces Savior solía beber. Mucho. Hoy en día se lo toma con calma, quizá una copa por noche, si eso. Cuando se puso serio con su carrera de tatuador, dejó el alcohol. Pero no dejó de follarme», dice con una sonrisa barata.

Si la ignoro, se irá.

Pero eso es lo que piensan todos los niños acosados. En realidad, el acosador no lo hace. «Tenía veinte años cuando lo conocí. Tú tienes esa edad, ¿no? ¿Quizá diecinueve?» Natalia me pasa la mano por el pelo: «Tienes pinta de ser una jovencita dulce. Salvador era seis años mayor que yo. Así que él tendría, ¿cuántos? ¿Dieciséis años mayor que tú si tienes veinte?».

Dieciocho, en realidad. Me dobla la edad. Pero no voy a darle la satisfacción de saberlo.

«Aunque pareces demasiado inocente para él, nena. Le gustan sucias». Natalia se inclina hacia delante y, con los labios prácticamente en mi oreja, susurra: «Le gustan las chicas que se lo meten por el culo». ¿Ya te lo has metido por el culo, niñita?».

No sé si las luces de Brickhouse son lo bastante brillantes como para que alguien pueda ver el tono rojo que me arde en la cara, pero noto que la piel se me calienta a cada segundo que pasa.

«Oh, quizá por eso le gustas. No hablas», dice con una risita mientras se aparta y endereza la espalda. «Supongo que usa esa linda boquita tuya para otras cosas. Recuerdo que Savior tenía una fijación oral cuando estábamos juntos».

«Natalia», la voz de Salvador retumba por encima de la música y de mi pánico. «¿Qué demonios estás haciendo?»

Se ríe de esa forma que solo pueden hacerlo las mujeres mayores y seguras de sí mismas. «Relájate, grandullón, tu novia y yo solo estábamos teniendo una charla amistosa. ¿Verdad, Evie?»

Puedo sentir la ansiedad y el pánico. Pero me niego a que me vea así. Me sudan las manos y se me acelera el corazón. «Soy Ellie», murmuro antes de levantarme.

«Da igual», se ríe entre dientes.

Tengo que salir de aquí antes de que diga nada más, o antes de que Savior diga algo. Ese hombre maravilloso que creía que iba a salvarme, que podría ser mi príncipe azul. Natalia arruinó mi imagen de él. Puede que las cosas que dijo sean divertidas y sexys cuando estás con la persona adecuada, pero yo nunca he estado con ninguna persona. Y pensar en él haciendo todas esas cosas con otra persona me revuelve el estómago.

«¡Ellie, espera!»

Savior me llama por mi nombre, pero tengo que irme. Necesito una bocanada de aire fresco. Necesito pensar. Necesito un segundo para aclarar mis ideas. Los últimos dieciocho años de mi vida han sido un infierno. Las últimas veinticuatro horas han sido un sueño hecho realidad. Fui tonta al pensar que eso significaba que el resto de mi vida sería un gran momento tras otro.

Soy un ingenuo, lo sé. Nunca he hecho ciertas cosas y eso está bien. Tengo que superarlo y darles una oportunidad. ¿Pero cuándo? ¿Con Salvador? ¿Es así como rompo las últimas cadenas que me retienen a mi antigua vida?

SAVIOR



Debería haberla atado a mi espalda y obligarla a cerrar los ojos cuando me sacara la polla para ir al baño. O hacerla esperar en la puerta del baño como una niña pequeña. Cualquier cosa habría sido mejor que dejarla en la mesa y dejar que Natalia se la metiera. Y sé que eran jabs porque Natalia es una zorra fría como una piedra.

«¿Qué le dijiste?» ¿Cuántos años tiene, treinta? Natalia tiene buen aspecto para su edad, pero incluso con esos preciosos ojos oscuros que te miran directamente al corazón y te hacen sentir algo, lo único que siento es rabia.

Natalia me chasquea los dedos como diciendo que está aburrida de esta conversación. «Sólo le dije lo que necesitaba oír, Salvador. No es la chica para ti. Te vas a aburrir de ella enseguida. ¿Has visto su vestido?» Pone los ojos en blanco y bebe un trago de color ámbar. «A menos que hayas decidido salir con una virgen a propósito, no hay razón para que estés con esa chica».

Aprieto los puños e intento disuadirme. Si fuera un hombre, le daría un puñetazo en la cara. Las mujeres quieren igualdad y esas cosas, pero aquí es donde yo pongo el límite. Puedo admitir cuando una mujer tatúa mejor que yo. Les daré a las mujeres todos los derechos del mundo y también lucharé por ellos. Pero cuando una mujer me cabrea, trazaré una línea en la arena. «No estoy saliendo con ella, Natalia», digo entre dientes apretados. «La estoy ayudando a salir de una mala situación».

Ella resopla cuando pregunta: «¿Esa mala situación es su desafortunada vida sexual?».

Ellie ya se ha ido. Por lo que sé, podría estar a medio camino de casa y yo aquí peleándome con esta tonta. «Si sabes lo que te conviene, te alejarás de Ellie y te alejarás de mí».

«Ya no me controlas, Salvador». Natalia golpea su vaso contra la mesa. «No eres mi dueño. No tienes ni voz ni voto sobre mí».

Una sonrisa fría, casi aterradora, aparece en mis labios antes de que pueda detenerla. Aparece el viejo Salvador. «No, pero puedo contarle a Buck lo de esta noche. También puedo hablarle de los viejos tiempos. Puedo hablarle de la mujer con la que está a punto de casarse, ¿no?».

Aunque su cara no vacila, he terminado con esta conversación. Tengo que encontrar a Ellie y aclarar este lío.

Me abro paso entre la multitud hacia la salida y pienso adónde podría ir. No tiene muchas opciones. Incluso si pudiera averiguar cómo volver a mi casa desde Brickhouse, probablemente no ha llegado muy lejos.

Y cuando salgo, tengo razón. Ella no ha llegado lejos en absoluto. De hecho, sólo ha llegado hasta la moto. Está encaramada a un lado de la moto con el aspecto lúgubre que yo esperaba y sólo puedo culparme a mí mismo por ello. Cuando me acerco, endereza la espalda y se golpea la cara.

«Hola. Mi saludo suena inestable porque no estoy seguro de qué decir. Todavía no estoy del todo seguro de lo que Natalia le dijo. Ellie tiene los ojos enrojecidos y parece que ha estado llorando. No sé qué puedo hacer para aliviar esto más allá de consolarla. «Siento lo que pasó allí. Salí con Natalia hace varios años y creo que ella confundió nuestra amistad con algo más de lo que es.»

«¿Qué es?» Ellie irrumpe y pregunta. «¿Qué es lo que hay entre nosotros? ¿Hay algo entre nosotros? Porque te besé antes y no sé qué significa eso».

Me preguntaba si llegaríamos a eso. No quería presionarla antes y preguntarle demasiado por si la ahuyentaba. «Ellie, no tiene por qué significar nada si tú no quieres. O puede significar lo que tú quieras. No lo sé, ¿qué quieres que signifique? ¿Qué quieres que signifique?»

Ellie suelta un sonido frustrado que es una mezcla entre un grito y un suspiro. «No lo sé, Salvador. Yo no hago esto. Yo no me escapo de casa y me mudo con extraños que me cambian la vida. Me siento como una especie de Cenicienta acostándose con un príncipe azul vestido de cuero. Tengo todos esos sentimientos que no puedo explicar y no sé si es una especie de Síndrome de Estocolmo pero para héroes en lugar de secuestradores. Entonces llega esta mujer con pinta de modelo que empieza a decir cosas de ti y a decirme que te gustan cosas en la cama que yo no puedo darte porque soy virgen y...».

«Guau», la detengo porque está empezando a hiperventilar y porque, francamente, me está agobiando. «Demos un paso atrás y empecemos desde el principio. No estás huyendo, Ellie. Tienes dieciocho años. Eres adulta y estás dando los pasos que necesitas dar para tener tu libertad. ¿Está claro?»

Empieza a jugar con los flecos de su vestido. Esos preciosos ojos azules no pueden encontrarse con los míos porque están demasiado ocupados escudriñando el suelo. Pero aun así asiente con la cabeza. «Mi libertad», responde en voz baja.

«Tampoco vas a vivir conmigo. Te estoy dando un lugar donde quedarte mientras averiguas qué hacer. Si en algún momento te sientes incómodo, tenemos muchos otros hombres y mujeres en el club que te dejarán vivir con ellos. Si no es Bonnie, entonces Lázaro y Gianna con gusto te dejarán quedarte». Seguro que Natalia también le daría una habitación, aunque sólo fuera para susurrarle veneno al oído.

Pero Ellie niega con la cabeza. «Soy feliz quedándome contigo, Salvador. Me gusta mucho tu casa. Me gustó tu sala de instrumentos».

Mi vergüenza secreta, y mi don, es que soy un músico con talento. Por desgracia, saber tocar siete instrumentos no paga las facturas. Ni siquiera si haces vídeos en YouTube. «No obstante, si alguna vez sientes que te enamoras de mí o que te gusto porque te doy una habitación donde quedarte o te hago la cena o te llevo a algún sitio, recuérdate que no me debes nada por eso. El hecho de que te haga un favor no significa que me debas nada. Elegí hacer esto por ti sabiendo que no iba a recibir nada a cambio. Por favor, no sientas que tienes que darme nada a cambio».

«¿Pero y si yo quiero?» Ellie levanta la vista del suelo con el ceño fruncido. «No siento que te deba nada, Salvador. Quiero decir, sí, me gustaría devolverte todo lo que me has dado, pero no creo que te deba nada. Hablaba en serio cuando dije que tenía muchos sentimientos que no podía explicar. Luego, cuando Natalia empezó a hablar de todos esos actos sexuales que los dos hicisteis juntos, me di cuenta de que quizá lo que siento es atracción.»

Mi polla quiere endurecerse tanto en mis pantalones. Escuchar esas palabras salir de su dulce e inocente boca. «Ellie», doy un paso más cerca de ella, “no quiero que hagas nada sólo porque Natalia plantó la semilla en tu cabeza”. Aunque Dios sabe que hay cosas que hice con Natalia que mataría a la gente por hacer con Ellie.

«¿Puedes hacerme un último favor, Salvador?». Se muerde el labio y sé lo que va a ser incluso antes de que lo pregunte. «Necesito que tomes mi virginidad».

Es lo más sexy que una mujer me ha dicho nunca. Ellie me mira desde mi moto, con ese vestido tan conservador y esas curvas que estiran la tela, y sé que aunque quisiera negarme, no podría. Esta mujer me tiene en sus manos y ni siquiera lo sabe. «¿Estás segura de que esto es lo que quieres?».

Ellie no duda antes de asentir con la cabeza. «Por favor», me suplica.

Y prácticamente me tiemblan las rodillas. ¿Cómo le dices que no a una mujer que te ruega que le des su merecido? «De acuerdo. Vámonos a casa.» Voy a ir al infierno por esto. Pero si ardo en el círculo más caliente por desflorar a este ángel, que así sea.

ELLIE



El viaje de vuelta a casa del Salvador parece una eternidad. El viento me golpea con un ritmo que se parece mucho al de mi madre gritando: «¡No lo hagas!». Ahogo su voz recordándome que ahora es mi vida y que puedo tomar mis propias decisiones.

Lo curioso es que elegir tener sexo con Savior es la primera decisión que realmente he tomado. Desde que me conocí, me ha estado dando opciones. Yo podría haber estado eligiendo entre A y B, pero él me ha estado dando opciones. Nunca he tenido que tomar una decisión por mí misma; sólo tenía que dejarle hacer el trabajo. Probablemente podría haber puesto mi vida a velocidad de crucero y dejar que Savior hiciera el trabajo el resto de mi vida.

Pero sentarme en su moto después de lo de Natalia me hizo darme cuenta de que tenía que tomar las riendas de mi vida. O al menos empezar a tomar el control de algunos aspectos más. Puede que no sea capaz de conseguir un trabajo por mi cuenta debido a mi falta de habilidades o de pagar mi parte de las facturas todavía, pero puedo actuar sobre los sentimientos que he estado teniendo. Puedo hacer que una mujer como Natalia se coma sus palabras, o que se atragante un poco con ellas.

Savior entra en el garaje y yo me apeo de la moto. Las mariposas revolotean alrededor de mi estómago, pero ya no son tan ruidosas como antes. Cuando le pedí que se llevara mi preciosa flor, pensé que podría negarse. Sé que es mi salvador, pero eso no significaba que estuviera interesado en mí.

«Quiero besarte ahora, Ellie, antes de que entremos en casa y todo cambie». Salvador se baja de la moto y se quita la chaqueta. La deja ordenada sobre el asiento y se acerca a mí. «Quiero que sepas que en cualquier momento puedes decir que no o cambiar de opinión. No me enfadaré».

Me gusta la forma en que su camisa azul granito se tensa sobre sus pectorales. «Creía que querías besarme».

Savior acerca su boca a la mía y desliza la lengua en su interior. El rápido movimiento me hace jadear. Su mano se acerca para acariciarme la cara y sé que este hombre fuerte y poderoso, que se enfrentaría al mundo por mí, también puede ser suave y delicado. Puede que todas esas palabras duras que Natalia utilizó y que me escuecen por dentro sean ciertas y puede que Salvador y yo lleguemos a esos actos algún día, pero ahora mismo su lengua explora mi boca con ternura.

«Vamos dentro», dice Salvador cuando se aparta. Sin embargo, me coge de la mano y se asegura de mantener el contacto mientras pasamos del garaje al salón. «Vamos a hacer el tonto en el sofá. Será como en el instituto».

Él y yo no tuvimos las mismas experiencias en el instituto, pero dejo que me lleve al sofá de

todos modos. Savior toma asiento y me sube a su regazo. Me pone de rodillas sobre él, a horcajadas sobre sus muslos, como si ya lo hubiera hecho cientos de veces. «Déjate llevar por las sensaciones, Ellie. Si te sientes bien, déjate llevar. Y prometo hacerte sentir bien».

Savior me aparta el pelo del cuello y empieza a rozarme la piel con los dientes. Su cálido aliento le sigue. No sé qué debo hacer, pero me agarro a su camisa para sostenerme. Cuando llega al lugar donde se unen mi cuello y mi hombro, saca la lengua y empieza a trazar pequeños dibujos.

En algún lugar por debajo del vestido siento una mano que me toca el coño por encima de las bragas. Refleja el calor de mi deseo. Las caricias de su lengua y las suaves caricias de su mano me empujan a apretarme contra su mano. Me siento desesperada por su contacto, decidida a tener más. Savior cumple su deseo acariciándome con el dedo corazón, provocando un gemido en lo más profundo de mí.

Vuelvo a sentir sus dientes en mi cuello. Me rozan la carne mientras chupa suavemente la piel. Recuerdo brevemente a esas chicas que venían al colegio con los chupetones mal cubiertos. Por un momento, imagino que voy a ser esa chica. Mi placer se dispara ante la idea de ser marcada por Salvador y aprieto con más fuerza la palma de su mano. «Márcame», gimo, siguiendo su consejo de inclinarme por lo que me hace sentir bien. Cuando me muerde y chupa el cuello con más fuerza, siento un dolor placentero. Es una fantasía que no sabía que tenía.

En medio de todo esto, los dedos de Salvador se deslizan más allá de la barrera de algodón que cubre mi coño. Siento que dos de ellos presionan mi entrada durante unos segundos, probando mis límites, antes de penetrarme suavemente.

Aunque sentía sus dedos esperando en mi entrada, no esperaba que me llenaran como lo hacen. Abro los ojos de golpe y jadeo con fuerza. No sé si es por haberme dilatado para encajar la primera cosa que he tenido dentro o por la punzada de incomodidad, pero todo se me pasa brevemente cuando Savior empieza a girar sus dedos dentro de mí. Parece estar masajeando un punto especial que hace que toda la sangre corra hacia mi coño. Con un poco de maniobra, su pulgar se desliza por debajo de mis bragas y empieza a acariciarme también el clítoris.

Las sensaciones me desbordan. Sacudo las caderas contra él y las sensaciones que me produce. Ha pasado al otro lado de mi cuello, sin duda haciéndome el mismo chupetón. Su mano libre se ha deslizado por el interior de mi vestido y juega con mi pecho, el pulgar rozándome el pezón hasta que mi cuerpo parece enrojecido y a cien grados.

Si esto era lo que mi madre intentaba evitarme, no entiendo por qué. Me retuerzo de absoluta vergüenza y placer contra Salvador. Nunca me había sentido tan sucia estando tan vestida. Si toca alguno de sus instrumentos arriba como me toca a mí, debe de ser un profesional.

Solo hacen falta unos cuantos golpes más en el clítoris, un par de círculos más dentro de mí y un apretón fuerte en el pezón para llevarme al orgasmo.

Sé lo que es un orgasmo. He recibido clases de educación sexual. Pero experimentar uno es otra historia. Me desgarran el cuerpo, haciéndome astillas como una tabla. Caigo contra Savior y aguanto las olas de placer que seguramente me arruinarán. Estoy desgarrada y agotada, segura de que me ha roto cuando me susurra que me incorpore.

«No puedo, Salvador», murmuro en su cuello.

«Puedes», responde con una risita, »tienes que hacerlo. Tengo que quitarte este vestido».

Lentamente, mis músculos vuelven a la vida y me despego de su cuerpo. Se mete los dedos en la boca y lame mis jugos, dejándome escandalizada a su paso. «Quítate el vestido», me palmea suavemente el muslo.

Siempre me he sentido ofendida por mi coño, pero aquí hay un hombre que lame de buena

gana los restos del mío. Quizá no haya nada por lo que ofenderse después de todo.

Me quito el vestido con su ayuda y, en la oscuridad de la noche, Salvador me ayuda a tumbarme en el sofá. Siento que sus dedos se enganchan en la cintura de mis bragas y me las baja por los muslos hasta los pies, quitándome con ellas las sandalias.

Cuando se sumerge entre mis muslos y su lengua me lame de la punta a la cola, no sé si me da vergüenza o me excita. Gimo de placer, pero mis mejillas enrojecen ante el acto. Esta nueva relación íntima me hace probar cosas que nunca había imaginado.

Savior dirige su atención directamente a mi clítoris. Con la misma energía que empleó en mi cuello, se concentra en mi pequeño y duro clítoris. Chupa y toca hasta que estoy segura de que voy a explotar. Siento que mi coño se humedece cada vez más. Su barba me hace cosquillas, incluso en los muslos. Apenas tengo un minuto para pensar en lo mojado que probablemente lo estoy poniendo porque está provocando todas mis sensaciones con ese diabólico apéndice suyo.

No sé con qué rapidez ni con qué frecuencia puede la gente llegar al orgasmo, pero Salvador debe de estar batiendo algún tipo de récord. Porque no puedo evitar que mis muslos se aprieten alrededor de su cabeza cuando las sensaciones son demasiado intensas. Me corro como una Coca-Cola con Mentos y Salvador sigue lamiendo como si nada.

Hay un puñado de momentos que no se olvidan en la vida. A veces crees que no olvidarás cosas como aquella vez que ganaste el concurso de deletreo de quinto curso o cuando bailaste lento con un chico por primera vez. Pero los verdaderos momentos que no olvidarás son aquellos en los que te das cuenta de que te estás enamorando. Como cuando tu coño se aprieta contra la cara de un hombre y él parece no tener nada más que tiempo.

No sé por qué este es ese momento para mí, pero por alguna razón lo es. Puedo verme enamorándome de Savior Tilney.

SAVIOR



Llevo a Ellie escaleras arriba porque su cuerpo está flácido. Estoy casi seguro de que ahora no podrá mantener relaciones sexuales, y no pasa nada. Aun así, la tumbo en mi cama y me desnudo mientras ella se hace un ovillo.

Tengo que admirar su belleza, aunque la tenga casi oculta. Es un espécimen perfecto. Responde a mis caricias como si hubiera nacido para ello. Cada caricia y cada movimiento de su dulce cuerpo es exactamente lo que pensé que sería. Y eso me aterroriza.

Me temo que en el momento en que me hunda dentro de ella, no habrá vuelta atrás. Diablos, me temo que ya he llegado a ese punto. Sólo tener la oportunidad de probarla fue como probar el maldito néctar más dulce que he probado. Era como la melaza, pero más dulce. Comer de ella es la comida más insatisfactoria porque no hay suficiente, especialmente cuando viene tan rápido.

«Tu cuerpo es hermoso», murmura Ellie desde la cama. «Pero no sé cómo se supone que debe caber dentro de mí».

Agarro mi polla gruesa y dura y la acaricio un par de veces para que la vea. «Cuando estás mojada y excitada, te dilatas ahí abajo. Puedes meter esto dentro de ti sin problemas, cariño». Y si está un poco estrecha, me parece bien. Cuanto más apretada esté, mejor me sentiré. De hecho, espero que me apriete como una mordaza y corte la circulación. Ahoga mi polla, nena.

«¿Es eso lo que vamos a hacer ahora?» Suena somnolienta y agotada.

Quiero decirle que no, que retomaremos esto más tarde, pero mi miembro palpita de anticipación. «Sólo si tú quieres, Ellie».

Ella se desenrosca de su bola y ajusta las almohadas debajo de ella. «¿Qué tengo que hacer?»

Enseñarle va a ser lo mejor de mi vida. Es una alumna tan ansiosa. «Abre las piernas y déjame hacer el resto». Esta noche yo haré todo el trabajo. «Sólo haz lo que te haga sentir bien, Ellie.»

Me subo a la cama y me deslizo entre sus piernas, dejando que mi polla se deslice entre su centro resbaladizo. Es un paraíso para tocar. Ellie instintivamente envuelve sus brazos alrededor de mis hombros para acercarme mientras alinee mi miembro con su entrada. «Esto será mucho más grande que mis dedos y puede que te duela un poco al entrar, pero respira un par de veces y relájate y te sentirás bien enseguida».

Ellie asiente con la cabeza para indicar que entiende y entonces la oigo empezar a respirar hondo. Creo que es un buen momento para penetrarla. Empujo mis caderas hacia delante y me deslizo lentamente dentro de su coño resbaladizo y expectante.

Observo su cara en busca de señales de que es demasiado, pero lo único que noto es que se muerde el labio. Noto que me agarra con fuerza mientras entro, pero Ellie se lo toma bien. Ha sido una buena idea prepararla con los dedos, porque parece que se ha llevado la peor parte de su

primera penetración. Ahora sólo tengo que llenarla hasta el fondo.

Y hacerlo es la mejor sorpresa de mi vida. Mis pelotas chocan contra su culo y Ellie suelta un agudo jadeo. «¿Cómo estás? Le pregunto, asegurándome de que está bien.

Asiente rápidamente con la cabeza. «Bien», dice Ellie.

Pero no es el momento de hablar. Todavía se está acostumbrando a la sensación, y probablemente no le guste estar dentro de ella. Así que empiezo a mover las caderas de un lado a otro. Es entonces cuando ella empieza a hacer música.

Los gemidos de Ellie son el sonido más hermoso que he escuchado. Mientras empujo dentro de ella, el sexo cobra vida. Empieza a moverse conmigo, sus caderas se levantan para encontrarse con las mías y se mueven al ritmo de lo que le gusta. Si no la conociera, pensaría que ya ha hecho esto antes.

Con cualquier otra mujer, querría que esto terminara. Pero con Ellie, quiero que dure para siempre. Ella envuelve sus piernas alrededor de mi cintura y yo trabajo duro para complacer su dulce coño. Siento que mi placer aumenta con cada embestida. No quiero que se acabe tan pronto, pero no puedo dejar de pensar en ella y en este momento. Ellie Garretson es hermosa y perfecta, y confía tanto en mí para darme esta parte tan especial de ella.

Es una suerte que apriete su cuerpo contra el mío cuando lo hace. Que sus músculos empiecen a temblar y que un orgasmo la invada como un maremoto. Un minuto más y me habría corrido yo primero. Así las cosas, aguanto unos segundos más antes de correrme dentro de ella. No es mi intención, pero su cuerpo se amolda al mío y me lo pide todo. Y no puedo evitar dárselo.

Salgo rodando de Ellie antes de aplastarla hasta la muerte. No es una mujer pequeña y quebradiza, pero yo soy un pisapapeles. Me tumbo a su lado, con la polla flácida contra el muslo, y me pongo de lado para mirarla. «Ellie», necesito asegurarme de que está bien, “¿cómo ha ido?”. Tal vez debería darle un poco de espacio y espacio para respirar, pero muchas cosas están cambiando en su vida en este momento. Acabo de quitarle su cereza, algo que las mujeres consideran especial para ellas. No puedo darme la vuelta y dormirme ahora.

«¿Te importa si me meto debajo de la manta?» pregunta Ellie en voz baja.

Tengo tanto miedo de haberla asustado que salto de la cama y empiezo a quitar la manta antes de que pueda responder. «Espera. Sí, perdona», empiezo a disculparme. «Por supuesto. Lo que quieras».

La sonrisa de Ellie es suave y cansada. «No pretendía alarmarte ni nada de eso. Ahora tengo un poco de frío. Y tengo sueño», dice en medio de un bostezo. Parece una eternidad hasta que deja de bostezar y sus ojos se centran de nuevo en mí cuando vuelvo a tumbarme. «¿El sexo siempre es así?»

He tenido algunos malos encuentros a lo largo de los años. Cuando estaba en plena borrachera, a veces no siempre acababa en orgasmo, ni para mí ni para la chica. Pero me recuperé y me puse las pilas. Aunque quizá sea mejor dejar esas historias para otro día. «Es a lo que aspiro.»

«Mi mamá siempre hizo que el sexo pareciera un acto sucio. No recuerdo haber oído que ella y papá tuvieran relaciones sexuales, ni siquiera que hablaran de sexo».

Este es un tema delicado, así que hago lo que puedo para evitar las minas terrestres. «Algunas personas piensan sobre las cosas de una determinada manera y eso está bien. Pensar que el sexo es sucio o malo es una forma de pensar. Pero hace que la gente se sienta mal consigo misma, y eso no está bien. No quiero que te sientas así por lo que acabamos de hacer o por lo que podamos hacer en el futuro, o por lo que puedas hacer con otra persona. ¿De acuerdo?» Me duele

pensar en ella teniendo relaciones sexuales con otras personas, pero quiero que Ellie sepa que no pasa nada si algún día decide ver a otra persona. O si decide que estar conmigo es algo que no quiere hacer.

«Pero no quiero acostarme con nadie más», dice Ellie frunciendo el ceño. «A menos que ya no quieras hacer esto conmigo».

Alargo la mano para recorrer la curva de su cadera. «Dios, no», la tranquilizo. «No puedo imaginarme estar con nadie más, Ellie. Ni ahora ni nunca. Eres tú, Ellie Garretson. Si un día decides que estás harta de estar con un viejo, te dejaré marchar, pero hasta que llegue ese día, estás pegada a mí.»

Una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios mientras se agacha para cubrir mi mano que está en sus caderas. «De acuerdo. Creo que puedo arreglármelas contigo. Mientras tú puedas estar conmigo».

He vivido bastantes días estando sola y sintiéndome rechazada por la sociedad. Esta noche, sin embargo, no me siento tan solo. Tampoco me siento rechazada. Me siento todo lo que siempre he querido sentirme: amada.

ELLIE



6 meses después

«No quiero esto». Salvador mira el cheque y cruza los brazos sobre el pecho. «Si me obligas a aceptarlo, te vas a arrepentir de lo que pase después».

Me ha costado seis meses romperme el culo trabajando en la cafetería con Bonnie, pero por fin he ahorrado lo suficiente para devolverle a Savior todo lo que me compró al principio. Toda la ropa, el teléfono y el vehículo barato que le compró a uno de los chicos del club. «Salvador, por favor», le ruego, »necesito que aceptes el cheque. Me hará sentir mejor».

Pero Salvador se mantiene firme. Lleva meses empeñado en no aceptar nada de mí. Ni siquiera me deja pagar la cena y ahora puedo permitírmelo. Tampoco me deja usar mi descuento de empleado en la cafetería. Y ni siquiera estoy pagando nada. ¡Es sólo un beneficio por trabajar allí! «Ellie, hablo en serio. Pon ese dinero en ahorros o algo. Gástalo en ropa nueva. Gástalo en unas vacaciones. No me importa. No lo voy a aceptar.»

«Estás siendo una verdadera píldora con esto». Estoy a punto de empezar a patalear cuando recuerdo que estamos en un lugar público. Pensé que sería una buena idea entregarle este cheque en el pabellón donde me trajo por primera vez a por toda mi ropa. El tiro me ha salido por la culata, porque hay decenas de familias y gente pululando.

«Estás haciendo el ridículo. Ya te dije al principio que no quería que me pagaras. No quiero tu dinero. Es tu dinero». Savior deja caer los brazos a los lados y empieza a mirar a su alrededor buscando otro sitio al que ir para distraerme. «¿Por qué no vamos a comer o algo? Tengo un cliente hoy más tarde y necesito asegurarme...» “¿Eleanor?”.

Savior y yo ponemos expresiones iguales cuando oímos al fantasma de las Navidades pasadas. Aunque nos hemos mantenido alejados del centro comercial durante la mayor parte del último medio año, nunca esperamos encontrar a mi madre deambulando por las tiendas. Decir que estamos sorprendidos es quedarse corto. «Mamá». Mi voz es plana y sin tono. Un millón de pensamientos pasan por mi cabeza. Quiero gritarle y chillarle, pero todo lo que quiero decir se me queda atascado en la garganta.

«Veo que te estás prostituyendo con pandilleros. ¿Para eso dejaste a la familia?». Sus palabras calan hondo; lo decía en serio.

Como siempre, Salvador está listo para batear por mí. Es un buen hombre. «Sra. Garretson, un placer conocerla. Soy Savior Tilney, el novio de Ellie. Le agradecería que no le hablara así a mi novia». La forma en que da un paso hacia ella e hincha el pecho es suficientemente

amenazadora si no se tienen en cuenta sus tatuajes y sus músculos.

Mi madre se limita a resoplar. «¿Sales con este bufón? ¿Te ha comprado una hora de tu tiempo y has renunciado a tu cuerpo y a tu vida para estar con él? Ridículo». Da un paso atrás, poniendo distancia entre ella y Savior.

Quiero sonreír ante su interacción, pero sigo paralizada por el miedo. Una parte de mí piensa que aún puede agarrarme por la muñeca y llevarme lejos. Que todo el trabajo que he hecho estos últimos seis meses no valdrá nada. Que me he construido una vida que se desmoronará en cuanto me ponga las manos encima.

«Señora, una vez más, no le hable así. Si no puede decirle nada amable, váyase», dice Salvador con una sonrisa. Sé por haberlo visto interactuar con la gente estos últimos meses que esa sonrisa es mortal.

Mi madre pone los ojos en blanco. «¿Crees que me das miedo? Llamaré a la policía y les diré que has secuestrado a mi hija. Tienes suerte de que no lo hiciera hace meses, cuando te fugaste con ella. De hecho, creo que lo haré de todos modos».

Savior está a punto de decir algo más, pero la idea de perder esta vida que estoy construyendo con él y el club por fin me pone en marcha. «Mamá, para». No puedo mantener el cansancio fuera de mi voz, pero está bien. «Decidí irme porque papá y tú abusabais de mí. Tal vez no era físico, pero era emocional y mental. Salvador me dio una salida y la tomé. Soy feliz donde estoy. No volvería ni por todo el dinero del mundo. Tengo mi libertad. Tengo amor, mamá, amor de verdad. Y estoy haciendo algo con mi vida».

Levanta una ceja con incredulidad cómica y, aunque abre la boca, la corto antes de que pueda soltar una respuesta ingeniosa. «Voy a la universidad por Internet y tengo un trabajo que me gusta. Tengo amigos y una familia de verdad. También tengo a Savior. No parece un príncipe azul de cuento de hadas, pero me protege, me cuida, me quiere y me trata como a una princesa. Algún día me casaré con este hombre, mamá. Llama a la policía si quieres, pero no te servirá de nada. Nunca voy a volver. Estoy donde me corresponde, con quien me corresponde».

Savior me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. No dice nada, pero sonrío tan grande y audazmente como puede. Juntos somos más fuertes de lo que jamás hemos sido separados.

Mamá no tiene nada que replicar, así que resopla y empuja a Salvador.

«Cariño, ¿estás bien?» Me pregunta, acercándose y envolviéndome en sus grandes y fuertes brazos.

«Siento que me tiembla todo el cuerpo y que me voy a caer al suelo en cualquier momento, pero contigo a mi lado, estoy bien». Y lo digo en serio. Si me hubiera encontrado con mi madre sin él, quién sabe lo que habría pasado. Pero Salvador me hace más fuerte.

Salvador, mi salvador. Él ha cambiado verdaderamente mi vida.

SAVIOR



/ año después

Le dije que no se tatuara, pero ¿quién soy yo para ser el guardián del cuerpo de Ellie?

¿Su coño? Claro. Lo tengo bajo llave porque toco esa cosita dulce como un violín. ¿Pero el resto de su cuerpo? Eso depende de ella.

«Ni siquiera creo que pueda hacer acuarela.» Llevo semanas negando con la cabeza ante su idea. Puedo hacer acuarela, pero sigo diciéndole que le pregunte a alguien más. Conozco a otros chicos en la tienda que les encantaría hacer su tatuaje. Sí, no quiero que la vean con el vestido subido y sin bragas, pero al menos si no le gusta el tatuaje no tendré que hacerme responsable.

Ellie pone los ojos en blanco y se mete la mano por debajo del vestido para quitarse las bragas. «He visto tatuajes de acuarela en tu despacho de abajo, Salvador. No me mientas».

Joder. Llamándome la atención. Vale. Supongo que entonces es bueno que ya haya dibujado la plantilla. «¿De qué es este tatuaje? Entiendo que es una onda sonora, ¿pero qué dice?»

Cuando se sube a la mesa y se pone de lado, Ellie gruñe de desaprobación. «Te dije que te lo diría cuando el tatuaje estuviera terminado». Le agarra el dobladillo del vestido y le descubre la carne del muslo y el hueso de la cadera. «¿Puedes acabar de una vez? Creo que me estoy poniendo nerviosa sólo de pensar en lo mucho que me va a doler. Si pudieras empezar, creo que dejaría de estar tan nerviosa».

¿Está nerviosa? Más bien yo estoy nervioso. ¿Qué pasa si estropeo la onda sonora? Claro, nadie lo sabrá excepto yo, pero también seré yo quien la vea. «De acuerdo», le doy una palmada en el culo antes de ir a ponerme los guantes. «Pero esto no me gusta. Que conste en acta...» “¡Por favor, Salvador!”.

No puedo rechazarla cuando suplica.

Aplico la plantilla sobre su cuerpo recién afeitado. La onda sonora viaja desde la punta de su cadera hasta la mitad del muslo. No sé por qué eligió ese lugar, pero se adapta muy bien al cuerpo. «Muy bien, ahora vas a oír el zumbido de la máquina». A pesar de que se lo advierto, se pone nerviosa cuando la máquina se pone en marcha. «Lo vas a hacer muy bien, Ellie. Hazme saber si necesitas un descanso o algo».

Los otros chicos se han ido esta noche. Sólo hay dos chicos y una mujer mayor que lleva tatuando más tiempo que Ellie, pero ninguno de ellos tiene clientes esta noche. De ahí que Ellie no tenga miedo de exponerlo todo para que yo la tatúe.

Cuando la máquina toca su piel, soy lo bastante listo como para no ponerle tinta porque Ellie

salta al primer pinchazo de la aguja. «Oh», grita, »ha sido inesperado. No me ha dolido, es sólo una sensación diferente».

Esta vez sumerjo la máquina en tinta mientras sacudo la cabeza. A veces, cuando tatúo a alguien por primera vez, le hago saber qué se siente antes de tatuarle. Así no estropean el tatuaje con el primer pinchazo. «Muy bien, ahora quédate quieto. Vamos a entrar con tinta. Primero voy a delinear las ondas sonoras, luego volveré y añadiré la acuarela».

Ellie es sorprendentemente firme durante la mayor parte del proceso. Se levanta una vez para ir al baño y otra para tomar agua y un tentempié. En el transcurso de dos horas y media, no está nada mal para un primer tatuaje. Tampoco se inquieta tanto como yo esperaba para alguien que se pasaba mucho tiempo inquieta cuando la conocí.

Después de los primeros minutos me ofrecí a dejarla ver la televisión o jugar con su teléfono, pero Ellie dijo que estaba bien escuchando el sonido de la máquina de tatuajes hacer su trabajo. No sabía si creerla, pero ¿qué podía hacer?

«Vale. Creo que he terminado. ¿Quieres verlo?» Si pensaba que era tierna, me equivocaba.

Ellie salta de la mesa como un niño pequeño demasiado enérgico. Se levanta el vestido dejando al descubierto su coño afeitado y expone su muslo recién tatuado al espejo de la esquina. Se le iluminan los ojos y se queda boquiabierto al ver el tatuaje. «¡Salvador! Es precioso». Se le saltan las lágrimas. «Me encanta».

Empiezo a limpiar mi puesto cuando dice eso. He añadido todos los trucos que he podido. Si mi chica quiere un tatuaje, quiero que sea el mejor. «¿Qué puedo decir? Es la mejor acuarela que he podido hacer, Ellie».

Ella vuelve y se sienta de nuevo en la mesa. «Gracias. Realmente me encanta. Creo que añade carácter».

«Eso depende de lo que ponga», le recuerdo mientras me quito los guantes.

Ellie se pone tímida. Sus mejillas se sonrojan y mira hacia su regazo. «Es tu voz diciendo 'te quiero'».

Me detengo en mitad de la limpieza y casi se me caen las cosas que tengo en las manos. «¿Qué?

Se ríe un poco y levanta la cabeza para mirarme a los ojos. «Sí, la verdad es que fue difícil conseguir una grabación. Probablemente me pasé una semana o dos grabando todas nuestras conversaciones. Dijiste cientos de cosas, pero yo estaba esperando la correcta. El tono justo de tu voz, el momento en que sonara romántico y perfecto. Esta onda sonora era de cuando estaba preparando la cena y llegaste súper apurado entre clientes. Cogiste un bol y te sentaste conmigo. Te repetí que no tenías que comer conmigo si estabas ocupado, que sabía que volverías más tarde, pero me miraste y dijiste: «Te quiero, maldita sea, y si llego tarde porque estaba cenando con el amor de mi vida, que así sea». Así que supongo que la onda sonora eres tú diciendo 'Te quiero, maldita sea'».

Si eso no es lo más romántico que he oído en mi maldita vida. «Ellie, te quiero, maldita sea», le digo con una sonrisa.

Con una sonrisa pícaro, esta chica inocente que conocí abre las piernas. Aún no se ha vuelto a poner las bragas, así que lo único que veo es un coño rosado mirándome fijamente. «¿Y si me lo enseñas?»

Nunca he tenido sexo en mi salón de tatuajes. Siempre he querido, pero nunca se me ha presentado la oportunidad. Supongo que a los que esperan les pasan cosas buenas.

Me desabrocho los pantalones y me los quito. «Te estás convirtiendo en toda una adicta al sexo, Ellie Garretson. Tenemos que vendarte eso», señalo su tatuaje con la cabeza.

Ellie se encoge de hombros: «¿Puede esperar?».

Con mi polla ya fuera y sus piernas abiertas, ya he olvidado lo que acabo de decir. Me subo a la mesa y cruje precariamente bajo mi peso. No importa. Si se cae, sólo caeremos unos metros al suelo.

Mucho ha cambiado desde que le quité la virginidad a Ellie. Hemos experimentado con un montón de diferentes tipos de sexo. Pero hoy, sólo quiero follarme a la mujer que tiene mis palabras tatuadas en su cuerpo. Agarro mi polla y prácticamente golpeo su entrada. No sé si el tatuaje la ha excitado o si le he contado su historia, pero está mojada y lista para mí.

Ellie se agarra a los bordes de la mesa mientras empiezo a penetrarla con mis caderas. No tenemos muchos rapiditos, a menos que sea una semana ajetreada para los dos. Así que lo hago bien. Le follo el coño como un hombre desesperado.

Ella me rodea la cintura con una pierna para hacer palanca y yo meto la mano por debajo para darle una palmada en el culo. He aprendido que le gusta un poco de dolor con su placer. Me he pasado todos estos meses clavándole los dientes en la piel, pellizcándole los pezones y azotándole ese culo redondo mientras ella suplicaba más. Ellie es definitivamente una chica única.

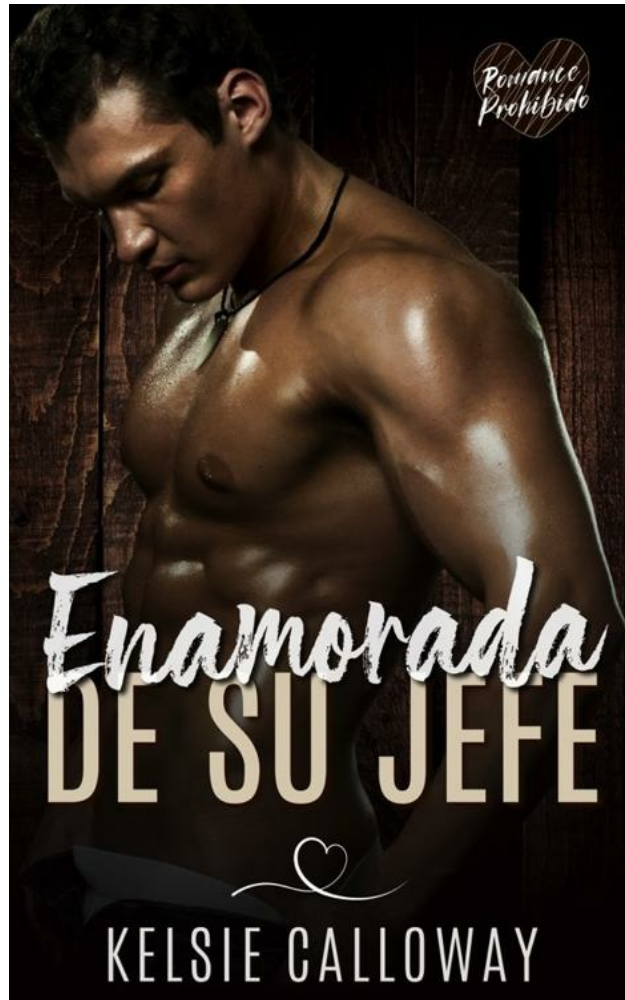
Nos balanceamos el uno contra el otro desesperados por la fricción y la liberación. Le doy todo lo que tengo, las nueve pulgadas. La mesa se mueve y cruje como una escalera desvencijada mientras la penetro. Los dos estamos sudorosos y jadeantes cuando nos invade un doloroso orgasmo. Yo rujo de doloroso placer y Ellie gimió con fuerza mientras empujaba sus caderas contra las mías.

Mierda. Otra vez se me ha olvidado el condón. Hasta ahora hemos tenido suerte. Normalmente, me acuerdo y las pocas veces que no lo he hecho, ella no se ha quedado embarazada. Pero mientras la saco lentamente y veo cómo mi mierda gotea de su coño, pienso en cómo sería nuestro futuro si no tuviéramos suerte.

Quizá un pequeño Savior Tilney correteando por ahí no sería tan malo. Seguro que seríamos mejores padres que los que tuvimos. Creo que podríamos ser buenos padres.

Debería hacer de Ellie Garretson una mujer honesta. Ya es hora de que me arrodille para hacer algo más que hacerla gritar mi nombre. Me pregunto cuánto tengo ahorrado para comprarle un anillo de diamantes...

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE
CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

<https://geni.us/SpanishRM>



TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

<https://amazon.com/author/kelsiecalloway>